

Cuentos para imaginar
horizontes posextractivistas

CRIAR OTROS MUNDOS

Carmen Aliaga
Karen Ardiles Órdenes
Liliana Buitrago
Cynthia Camargo
Sulma Canaviri Fernández
Eliana Carrillo
Carolina De Moura
Maíra Do Nascimento
Vanessa González
Tibisay Mendoza
Natalia Méndez
Vidalina Morales
Irma Ortiz A
Claudia R. F
Luisa Fernanda Pedraza
Ivonne Yáñez



RED LATINOAMERICANA DE MUJERES DEFENSORAS
DE DERECHOS SOCIALES Y AMBIENTALES





CRIAR OTROS MUNDOS

Cuentos para imaginar
horizontes posextractivistas

Una publicación de:



Red Latinoamericana de
Mujeres Defensoras
de Derechos Sociales y Ambientales



“Criar otros mundos. Cuentos para imaginar horizontes posextractivistas” fue un proceso de la Red Latinoamericana de Mujeres Defensoras de Derechos Sociales y Ambientales desarrollado entre marzo y julio de 2026 desde los nodos que la componen. Fue gestado, escrito, traducido, ilustrado y diseñado en su integridad por mujeres. No hay en él textos ni imágenes producidos con inteligencia artificial.

Coordinación: Carmen Aliaga, Liliana Buitrago, Ivonne Yáñez

Autoras: Carmen Aliaga, Karen Ardiles Órdenes, Liliana Buitrago, Cynthia Camargo, Sulma Canaviri Fernández, Eliana Carrillo, Carolina De Moura, Maíra Do Nascimento, Vanessa González, Tibisay Mendoza, Natalia Méndez, Vidalina Morales, Irma Ortiz A., Claudia R. F., Luisa Fernanda Pedraza, Ivonne Yáñez

Desarrollo del proyecto de escritura, talleres y edición:

Cristina Burneo Salazar

Traducción de «A visão de Pagu» del brasileño al español:

Valentina Figuera Martínez

Portada y diagramación: Cristina Cardona Montoya

Imágenes procedentes de cada territorio de lucha en Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras y México.

ISBN: 978-9942-8815-3-3

Volumen V de la colección La Historia que podría/pudo ser, Acción Ecológica
<https://www.accionecologica.org/coleccion-el-ecuador-que-podria-ser/>

Copyleft: Red Latinoamericana de Mujeres Defensoras de Derechos Sociales y Ambientales, 2026. <https://www.redlatinoamericanademujeres.org>

Con el apoyo de: FULL CIRCLE



Esta publicación ha sido realizada con el apoyo financiero de Generalitat Valenciana. El contenido de dicha publicación es responsabilidad exclusiva de Acción Ecológica y no refleja necesariamente la opinión de la Generalitat Valenciana.

Impresión: Grupo Master Graphic

Quito, Ecuador, junio de 2026

CRIAR OTROS MUNDOS

Cuentos para imaginar
horizontes posextractivistas

Carmen Aliaga, Karen Ardiles Órdenes, Liliana Buitrago, Cynthia Camargo, Sulma Canaviri Fernández, Eliana Carrillo, Carolina De Moura, Maíra Do Nascimento, Vanessa González, Tibisay Mendoza, Natalia Méndez, Vidalina Morales, Irma Ortiz A., Claudia R. F., Luisa Fernanda Pedraza, Ivonne Yáñez

RED LATINOAMERICANA DE MUJERES DEFENSORAS
DE DERECHOS SOCIALES Y AMBIENTALES

ÍNDICE

Prólogo. Rocío Silva-Santisteban	9
Mene. Tibisay Mendoza, Liliana Buitrago, Vanessa González. Venezuela	15
Río Lempa. Claudia R. F. El Salvador	23
Los tecomates. Vidalina Morales. El Salvador	33
A visão de Pagú. Carolina De Moura, Cynthia Camargo, Máira Do Nascimento. Brasil	39
La visión de Pagu. Carolina De Moura, Cynthia Camargo, Máira Do Nascimento. Versión en español de Valentina Figuera Martínez	53
De cómo las mujeres tejieron con la energía del Tata Inti. Sulma Canaviri Fernández. Bolivia	67
Vuelos de futuros caribeños. Luisa Fernanda Pedraza Camargo, Eliana Carolina Carrillo Rodríguez. Colombia	75
Julia, Goliat y el pueblo Fang. Ivonne Yánez. Ecuador	91
El río que viajó a otro continente. Karen Ardiles Órdenes. Chile	103
El latido del agua. Irma Ortiz A. Argentina- Colombia	113
Ya es otro tiempo el presente, Sebastiana. Carmen Aliaga, Natalia Méndez. México-Bolivia	123
Epílogo. Ivonne Yánez	137

Un grupo de activistas y defensoras de la naturaleza se juntan para contarse y contarnos historias que nos permitan creer más allá de las narrativas del extractivismo, del capitalismo por despojo, de la explotación de territorios o de la desposesión de comunidades. Enfundadas con las mejores armas que son la imaginación y la arqueología del saber, y claro, un lápiz con su tajador, se han dedicado a recoger historias desde Tenochtitlán hasta Chiloé para encandilarnos con viajes de nubes, de enredaderas o de ríos negros debajo de la tierra y a su vez plantarnos en la entretela del corazón la semilla de otro mundo es posible.

A algunas de las autoras las conozco y las quiero, a otras aún no tengo el placer, pero a través de estas historias me han hecho repensar en que somos una comunidad desperdigada por el mundo que, a través de «la palabra», es posible reconectarse para mirar hacia el largo horizonte de la historia geológica de la tierra. La destrucción de la naturaleza basada en una mirada colonial del desarrollo no puede parar nuestras luchas y menos nuestra imaginación. Las historias que van a leer han sido pensadas en prácticas de vida: estudiando a la naturaleza o luchando por ella.

Pero el libro no trata solo de narrar la naturaleza sino de recoger los sentires y los afectos de aquellos seres que la habitan: es por eso que Mama Quta cobra tanta importancia para recordar que los pueblos quechuas y aimaras están más cerca de los wayuu de lo que todas pensamos. O que, de pronto, Iisho se puede encontrar con la mariposa Aura para buscar entre los torrentes de caídas de agua de todo el continente a la flor de la cascada. Algunas historias están inspiradas en nietos o en nuestras propias ancestras, otras en desgracias como la inundación de la represa de Brumadinho, y otras en la tradicional oralidad de nuestra Abya Yala.

El primer cuento es la historia de Mene, que es el petróleo. Pero, como en los relatos orales de los pueblos originarios de

NuestrAmérica, se ha convertido en más que un personaje, en un ser que lleva debajo de la tierra a través de su aceitosa y negra resistencia la historia de millones de años de nuestro planeta. Las tres autoras —Mendoza, Buitrago y González— logran mezclar ensayo, cuento infantil, relato oral y mucha información ambiental para construir a este ser, libérrimo, que tiene conciencia del mal que le ha hecho al agua, Yaku en nuestra cultura quechua, que ha sido envenenada por sus fluencias. Mene entonces retoma lo inicial de la vida y regresa por sobre su propio camino, cantando, y haciéndose uno con el agua que ahora respeta y no contamina.

El segundo cuento es la historia del Río Lempa que se convierte en una abuela narrando su propia historia a otra abuela, esta humana, que muchos años antes llegó con sus pies pequeños a la orilla y que ahora regresa con muchos otros pies. Le cuenta todo lo que ha andado, todo lo que ha fluido, todo lo que ha visto a través de su orilla; pero a su vez le confiesa que está «cansada, no de fluir sino de resistir». Esta es la confesión clave no para quienes la acompañan en su andar sino para los que leen la historia. La abuela Lempa, el río que no puede ser contenido, ni marcado por fronteras, está resistiendo demasiado tiempo a las múltiples veces que han cambiado su ruta, intervenido sus cuencas, reorganizado por los humanos. Estos han olvidado que el río no se compra sino que se honra. Esta historia nos enfrenta al cansancio de la naturaleza y muestra realmente lo que implica subordinarla a un desarrollo en abstracto que, si bien nos permite tener acceso a vacunas y vuelos en avión, no toma en serio ese agobio final de nuestros ecosistemas.

Y precisamente uno de los temas de la historia de Aliaga y Méndez es la desaparición de todo vuelo en avión en una historia futurista ubicada novecientos años más adelante después de la destrucción de la civilización de energías fósiles. La devastación comenzó por la ambición del oro y los metales

y la pérdida de los manantes de agua: todos hijos de Mama Quta. Este cuento narra el vínculo entre los pueblos andinos y los pueblos de Tenochtitlán en una historia que amalgama ríos, verdores y cosechas lucientes. Es una historia optimista después de la destrucción de la parte de la tierra debido a una serie de bombas, entre ellas, bombas atómicas que destrazan la atmósfera y permiten que Tata Inti entre con demasiada fuerza hacia la tierra. Sabemos, más allá de nuestros cuentos, que siempre la vida reaparece a pesar de todo, en esta historia, también se recompone gracias a la huida en los subterráneos y a la salida desde el fondo de la tierra de mujeres que habían sobrevivido con sus wawas y sus energías vitales.

En otra narración la magia aparece un buen día en medio de una exploración petrolera para apagar todas las máquinas: los ingenieros y obreros hacen todo lo posible por encenderlas, pero nada, simplemente se apagan y no pueden prenderse, cualquier fuente de energía no funciona. Lo más interesante del cuento es que los propios funcionarios de la empresa apelan a los chamanes de su pueblo en Brasil para tratar de corregir el problema pero, al final, estos comprenden que se trata del espíritu de la tierra que no quiere sacar el petróleo de adentro. El cuento está inspirado en una historia real de Camerún, y la autora, Ivonne Yáñez, lo ubica en Guinea Ecuatorial, para darle todo el protagonismo al pueblo fang, sus cantos, su cosmovisión y su eterno afán de proteger a la naturaleza, especialmente, a las ranas Goliath.

Desde el país más pequeño del continente, como lo llamaba el gran Roque Dalton, el Pulgarcito de América, Vidalina aparece al principio como una niña pequeña, tanto como su propio país, que recoge todo lo que cocina en tecomates, calabazas que surgen de una enredadera. Pero a la muerte de su madre y ante su crecimiento propio con el transcurso de los días y los años, Vidalina, que se casa y tiene hijos, descubre en la ciudad el plástico. Y odia el plástico. Hace todo lo posible

por reemplazarlo, aunque el esfuerzo es gigante. Finalmente, gracias a la fuerza de sus ancestras, asume la urgente necesidad de reemplazarlo, con algunos elementos de la naturaleza que va descubriendo como el bambú o las varas de Castilla. A pesar de tener todo en contra, Vidalina se vuelve una potente defensora de la naturaleza y además logra que los tecomates de su tierra natal prendan en la zona de la ciudad donde vive, para volver a sus inicios y reivindicar la memoria de su madre.

En la tradición del Caribe colombiano Carrillo y Pedraza nos narran parte de la historia de la pérdida y recuperación del Cerro Cerrejón que sigue vivo a pesar de que le sacaron hasta la última piedra de carbón. Precisamente han sido las mujeres quienes nunca dejaron de ser sus guardianas: toda la historia de las wayuu y otros pueblos las narra un alma voladora, Iisho, que se dedica a ver la destrucción que deja no solo la mina de carbón sino también las inmensas represas ahora vacías.

El único cuento en portugués es, de alguna manera, la historia de la inundación de la represa de Brumadinho narrada por Pagu, la flor de la cascada, amiga de Aura, la mariposa azul que le advierte de la inundación y de la muerte de muchos de sus amigos. A pesar de ser una historia triste tiene un no sé qué de esperanzas que borbotea entre las alas de Aura y las burbujas alrededor de Pagu.

Esta historia de la mariposa se mezcla con la de la señora Eduarda que lucha por integrar un nuevo tipo de energía a la comunidad: los paneles solares. Dos estilos totalmente diferentes de narrar, uno con semblanzas real maravillosas y otro totalmente periodístico, pero, con un núcleo que apuesta por la comunidad, sea de animales o de seres humanos. También en esa línea la historia de Perla, encargada de vincular la tierra con el cielo, es una historia de rebeldía: la nube de gotas minúsculas se niega a su tarea porque «Soñaba con un ciclo: nacer, crecer, reproducirse y morir. “¿Sí se entiende? Una vida simple y descendencia propia”, decía». Es ella la metáfora

de la vida que quiere transformarse en ser viviente que muere. Pero su tarea es la existencia infinita y la repetición eterna de agua, lluvia y nube, nuevamente. Felizmente, la aventurera Perla luego de desafiar al Cotopaxi y de enamorarse de la selva amazónica, entiende su razón de ser.

Ojalá que después de leer estas historias las y los lectores podamos encontrar, también, como Perla, nuestra razón de ser frente a unos seres que nos protegen y nos desafían, nos acompañan y nos retan, pero especialmente esperan que podamos entender su razón de ser en el infinito ciclo de la vida que no termina nunca.

Rocío Silva-Santisteban
Lima, junio de 2026



Mene

Tibisay Mendoza, Liliana Buitrago, Vanessa González

I. Los orígenes

Cuentan los anatomistas y los geógrafos que, si tuviéramos la paciencia para desenredar el laberinto que llevamos dentro, nuestras venas y arterias se extenderían a lo largo de cien kilómetros. Es una cifra difícil de imaginar mientras una se mira las manos, pero el cálculo es exacto: somos una cuerda de vida capaz de rodear la cintura de la Tierra dos veces y media, o de viajar del Polo Norte al Polo Sur y regresar, con hilo de sobra para recordarlo. Es así como podemos decir que llevamos el mundo puesto, pero no como un vestido, sino como un mapa de carreteras internas.

Existen cientos de tratados sobre el agua, todos, con un fin utilitario para la sociedad. Pero existe un tratado en particular, de entre todos los tratados, que considera a la Tierra como un ser con un alma vegetativa y que dice: «el agua es la sangre del mundo, los ríos, sus venas». Es de Leonardo da Vinci, un pensador del siglo quince. Ya en Abya Yala sabíamos hacía

mucho que los ríos no eran sólo agua que corría. Para los Warao, el agua del río es un espacio sagrado donde habitan los nabaraos, seres temidos y respetados. Para los Aymaras el agua, Uma, es un ser vivo, la sangre de Pachamama, como le dicen a la Tierra. Para los Mapuche, el agua, ko, es la savia de la Ñuke Mapu, la Madre Tierra. Para los Quechua y Kichwa el agua, Yaku, es un ser vivo y adorado.

Entre las capas de esta alma vegetativa en lo más profundo de los abismos, donde la luz del sol nunca se atreve a bajar, existe otro fluido espeso y oscuro que late de forma sombría. Si el agua es la sangre que vivifica la Tierra, ¿qué misterio encierra este caudal oscuro?

Aquello que emana y brota de forma viscosa y negra es un fluido de cualidades complejas y de orígenes milenarios. No es sólo materia, es un suspiro de la eternidad, una sustancia antigua de cualidades indescifrables que parece latir con el peso de eras olvidadas. Por encima del cinturón ecuatorial, donde el sol persiste perpendicularmente todo el año con un bravío calor, en estas tierras donde habitaron los aguerridos Caribes, acostumbrados a ver brotar aquel espeso fluido, el petróleo recibió el nombre de Mene.

Mene es el principio eterno, el recinto, la sustancia sagrada donde habita nuestra conexión con la Tierra. Existe la creencia de que, cuanto más espesa es la sustancia que brota del suelo —mientras más grande es el Mene—, mayores son las fuerzas telúricas y el poder que emanan de las entrañas del mundo. No es descabellado imaginar que esa energía, en su voracidad, sea capaz de escupir luces por minutos y se convierta en la cuna de los relámpagos que hoy custodian el cielo del Catatumbo.

Por milenios, Mene fue ungüento sagrado y medicina oculta. Las tribus caribes, hijas de las aguas, hallaron en su oscura densidad el secreto para sanar la piel herida, colocando pequeñas cantidades directas en la piel. Cuando los navegantes se lanzaban al horizonte, Mene abrazaba sus canoas,

convirtiéndose en el fiel guardián que les permitía conquistar el azul infinito por su capacidad aceitosa. Fue así como Mene forjó un estrecho vínculo con la gente del agua y las fuerzas telúricas, fue así como fue venerado como elemento sagrado en las ceremonias.

Cuentan las Crónicas de Indias que, cuando llegaron los invasores, los «conquistadores», y vieron a Mene, lo llamaron «aceite de piedra», «licor milagroso», y se dispusieron a extraerlo, haciéndolo viajar por todo un océano para sanar la gota del Rey Carlos I. Poco después, para el 1530, hallaron usos navales. Así, Mene era adherido como pegamento a sus barcos, considerado mejor que el propio alquitrán, que ya conocían.

Por demasiado tiempo Mene fue despojado de su sacralidad, fue un prisionero de la utilidad en tiempos de conquista y reducido a los astilleros. Los señores embriagados por la fiebre del oro no lo vieron como un espíritu sagrado, sino como un recurso que extraer, comercializar y explotar, por eso fue esclavizado. Así, Mene fue obligado a ser servidumbre, pero lo que nunca pudo vislumbrar fue la condena que el destino le reservaría siglos después, cuando su propia abundancia se tornaría en una sentencia de muerte.

II. El gran escape

Una noche, Mene se sentó a meditar. Su viscosidad añeja y pululante le recordó la época en que, con fuerza, le hacían fluir aceleradamente, bombear entubado dentro de las máquinas de los hombres. Recordó cuando lo extraían intensamente en grandes cantidades, quizás, durante más de un siglo. No le daban tregua ni tiempo a su propia memoria de descomposición orgánica.

Nunca entendió cómo llegó a correr con tanto calor en esos cuerpos de metal que empujaban mercancías a países extraños. Nunca supo bien cómo logró descomponerse en explosiones

infinitas al romperse los enlaces de hidrógeno y de carbono de su carne. A punta del llamado progreso, se le forzó a salir de su casa ancestral para alimentar el fuego mezquino de la guerra humana.

Se rebeló una noche mientras los relámpagos del Catatumbo, espíritus de los antepasados de los Yukpa y los Wayuu —el río del cielo hecho de luciérnagas de los Barí—tocaban con furruco y tambora una gaita.

Hai chucu chu chu cu chucu
Hai chucu cu chu cu cha
Chucu chucu chucu chucu
Cuchu cuchu chucu cha

Mene salió bailando por el lago, vestido con una túnica de reflejos tornasolados. Escapó por uno de los tantos tubos rotos que se tejían bajo las embarcaciones de los pescadores cuyas redes se habían arruinado. La huida no fue inmediata, se derramó lentamente mientras bailaba la gaita, durante muchas noches y días con sus círculos y espirales. Cada vez que sus pies tocaban el agua, no levantaba espuma, sino una nata densa que se expandía por el lago. A su paso, contaminó el agua, a las aves y a los peces. El acto fue involuntario y provocado por la explotación intensiva de los hombres y por su deseo de explotarlo todo. En una grieta de minutos eternos y ensombrecidos pasos, Mene aprovechó un desliz del progreso para esfumarse y nunca volver.

Se supo tiempo después que las máquinas de los hombres habían dejado de funcionar y que, de la nada, desaparecieron. Se fue extinguendo el rastro de algas negras, y el desvanecimiento de Mene fue nombrado como la «gran transición». El asunto es que, luego de aquella larga noche de gaitas –sin prisa pero sin pausa– Mene comenzó a dejarse fluir nuevamente hacia lo profundo de su raíz.

Fluyó tanto que nuevamente devino Mene. De la época de «Mene Grande», «Oro Negro», «riqueza petrolera», «recurso» y otros apodos ajenos a él –formas del ego impuesto– ya no quedaban rastros. La terapia con lluvia no ácida le ayudó. Su cuerpo se expandió y se recompuso recuperando partes de su alma que le habían sido despojadas: el azufre, el nitrógeno, el vanadio y el níquel, antes desechadas por los hombres.

De su época refinada hizo cuentas para no caer en la avaricia. Fueron tanto el calor, la presión y los catalizadores que utilizaron para cambiar su estructura molecular y convertirlo en gasolina, que tuvo que pasar una larga temporada de reposo bajo los glaciares para repararse un poco.

De «motor del desarrollo» pasó a ser, nuevamente, base literal de la vida. Al volver a la corteza de la tierra, como buena energía química almacenada, apoyó las causas relacionadas con la regulación de la presión en las placas tectónicas. Respaldó los movimientos para mantener el equilibrio de las fuerzas en los yacimientos profundos gracias a su relación cercana con las rocas sedimentarias, a las que abrazó amorosamente. Fue pendolista de la historia térmica y sedimentaria de las regiones donde vivió, conversando con ecos de memorias antiguas que, de vez en cuando, susurraban a sus oídos presagios del porvenir.

Mene decidió ser lo que había soñado de sí y recorrió libremente el subsuelo, las entrañas de la tierra, como roca sedimentada. ¿Cuánto puede recorrer una roca? Todo el tiempo del mundo: hacia atrás y hacia adelante, hacia un lado y hacia el otro. Suena el ritmo en el Catatumbo y Mene mueve las caderas al son de la tambora.

Hai riqui ri ri ri riqui
Hai riqui ri ri rira
Riqui riqui riqui riqui
Ri riqui riqui ra

III. El corazón del mundo en su movimiento

Mene nunca permaneció en quietud, entendiendo que el movimiento pulsaba en su interior desde una memoria anterior de la tierra. El gran misterio revelado ante sus ojos fue que su destino era ser migrante, aunque su primera migración hubiera sido forzada. No pertenecía solamente a las rocas donde nació, sino que a través de ellas iba atravesando las eras de todos los tiempos.

Ascendía a la atmósfera en forma de gas, atravesaba las hendiduras que van dejando los movimientos profundos, se abrigaba entre yacimientos. En más de una migración, recorrió distancias imposibles, atravesando fronteras porosas como cicatrices, y encontrando vestigios de su propia historia en una serie de actos de recuperación ancestral. Subía eternamente hacia arriba convertido en vapores y regresaba otra vez hacia adentro en aceites. En su recorrido, liberaba una medicina misteriosa, las bacterias invisibles se alimentaban de sus componentes y transformaban la descomposición en nueva existencia.

Mientras se movía, iba encontrándose con más menes. Se reunían debajo de las placas tectónicas siguiendo las fracturas abiertas por los temblores, reconociéndose en la oscuridad. Había una fuerza inmensa en esos encuentros, la tierra presenciaba expectante la reunificación de su centro y la fuerte demanda de impedir ser secuestrados nuevamente por la intervención humana: ¡en el subsuelo nos quedamos!, coincidían.

En estas búsquedas, Mene mantenía una relación compleja y misteriosa con el agua. Nadie comprendía el motivo por el que ambos fluidos permanecían unidos desde hacía millones de años. Pero el tiempo los había madurado; ambos habían sido víctimas de la ambición humana. En estos desplazamientos se entrecruzaron más de una vez, aunque parecían evitarse o dañarse mutuamente. Todo aquello que se encuentra en

equilibrio en la naturaleza es arrastrado por el deseo de conquista de los hombres, de esta manera, Mene contaminó muchos cuerpos de agua en su forma antigua como combustible.

Mene quiso regresar sobre sus propios pasos, volver a su origen, recordar la lamentable huella que había dejado tras su escape. Regresó entonces hacia su roca madre, nacida hace trece mil millones de años, en un lugar llamado Formación de la Luna, en Maracaibo. Escuchó el sonido de los relámpagos y sintió fuertemente la configuración cósmica que mantiene girando a los mundos.

Al llegar hasta dentro de su matriz, comprendió algo que había ignorado durante años: su eterno movimiento bombeaba la sangre hasta el corazón de la tierra. Sus gases mantenían unidos los ciclos invisibles del planeta, sus migraciones conectaban territorios enteros... y no estaba solo. Debajo, respirando lentamente en el fondo de los yacimientos, el agua siempre lo estuvo acompañando. Mezcla estable de líquidos inmiscibles. Mene recordó cómo dormían, bailaban y se movían en una asociación ineludible que entrelaza el espíritu y el alma de la Tierra.

*Na nai na na na nai na
Na nai na na na na
Na na na na na na na
Na nai na na na na*



Río Lempa

Claudia R. F.

Cuenta Mamá Lina que el Río Lempa es una abuela ancestra que por muchos siglos ha recorrido largos caminos sin fronteras, dejando huellas por donde fluye. Son huellas a la orilla del agua que se traducen a recuerdos con aroma a infancias que chapaleaban entre sus aguas. Y dice Mamá Lina entre sus cavilaciones:

¡Desde cuándo las aguas tienen fronteras! ¡La abuela Lempa no tiene fronteras, es un solo cuerpo de agua que fluye por la tierra! ¡Desde cuándo las aguas tienen dueños! ¡La abuela Lempa es señora de sus aguas! ¡Desde cuándo las aguas que transitan por nuestras cuerpas deben ser sometidas! Dime, abuela Lempa, ¿de dónde vienes? ¿Quién eres?

Y responde la abuela Lempa:

Soy una cuenca que hoy llaman trinacional porque tres jóvenes países se han formado a lo largo de mis orillas, pero yo soy mucho más antigua que ellos. Abarco un área de 17,790 km², esos son muchísimos, pero muchísimos kilómetros. Conecto con las raíces de muchas generaciones que me han visto enfrentarme a cambios diversos en mi caudal. Con mis aguas en calma y rodeada de especies diversas como el susurro del viento, la presencia silenciosa de aves migratorias como las gaviotas, el canto de los patos cuches, las urracas, el mono araña centroamericano, mapaches, mojarras, cocodrilos, tilines, entre otros que me hacen su casa común y compartida, todos se asoman para escuchar mi historia, que nació hace más de dos millones de años, cuando las depresiones del relieve iniciaron la formación de los lagos Metapán y Lempa.

El Metapán y el Lempa tenían sus propias e independientes redes de drenaje. Allí, el arrastre de sedimentos gruesos y finos, por los ríos que alimentaban cíclicamente conforme los períodos secos y de lluvias, se fue abriendo camino el torrente de agua que sin frontera alguna recorre tierras lejanas para conectarse con las vertientes y las venas que atraviesan nuestras cuerpas como torrentes de agua que transitan en libertad. –¡Mamá Lina!, exclama la abuela Río Lempa y sigue:

Mis aguas nacen de las montañas volcánicas del municipio de Esquipulas, paraje donde abundan las flores. En Chiquimula, tierra de pájaros y lugar de pinzones, recorren como treinta kilómetros entre tierras hermanas desde su nacimiento. Van por Quauhtemallan, «lugar de muchos árboles», hoy Guatemala; fluyen por Ocotepel, «el cerro de los ocotes», hoy Honduras, Ocotepeque, hasta llegar a

*Cuscatlán, «Tierra de riquezas o lugar de joyas y collares»,
hoy El Salvador, y por el Noroeste de Chalatenango.*

La abuela Lempa nos conecta con la tranquilidad de sus aguas, que por momentos se vuelven movimientos agitados para cuidarse del despojo y de ser envasada para el beneficio de pocos. Y sigue fluyendo. Su fluir es su narrar:

Entre mis aguas hay leyendas: se dice que estoy habitada por sirenas protectoras y cuidadoras que vigilan a todos los seres que caminan sobre mí. Otros relatan que hay serpientes gigantes que emergen de mis aguas para acechar a los desprevenidos depredadores que irrumpen mi tranquilidad. Cada 14 de marzo las guardianas me conmemoran, reconocen mi existencia, que atraviesa su ser, para sentir los latidos de mi corazón, mis aguas caudalosas.

En su recorrido, la abuela Río Lempa ha conocido generaciones tras generaciones que le han de recordar como afluente de agua cálido, fuerte, frágil, imponente, que serpentea a lo lejos para cautivar la mirada de quienes pueden sentirla a través del alma. Pero no todo ha sido canto y memoria, dice la abuela Lempa con un suspiro que arrastra hojas secas y silencios. También ha conocido el dolor. Y sigue:

He sentido cómo mis aguas se enturbian no por las lluvias, sino por la mano humana que olvida que soy vida. He sido interrumpida, fragmentada, encerrada en muros de concreto que no comprenden mis ritmos, que no escuchan mis historias. Me han llamado un «recurso» cuando soy mucho más que eso: soy cuerpo, soy memoria, soy espíritu que camina. ¡Mamá Lina!, ¿pero por qué quieren detenerme?

Y Mamá Lina responde con los pies descalzos, tocando la tierra húmeda: —Porque han olvidado escuchar, abuela... han olvidado que el agua no se posee, se honra. Entonces la abuela Lempa guarda silencio por un momento y, en ese silencio, se escuchan los ecos de los pueblos que han vivido a su orilla.

Se escuchan las risas de niñas y niños corriendo libres, lanzándose al agua sin miedo, aprendiendo a nadar entre corrientes suaves. Se escuchan los cantos de las mujeres sonriendo compartiendo historias, sanando tristezas. Se escuchan los pasos de quienes cruzan sus aguas buscando vida, buscando futuro, buscando hogar.

Y también se escuchan llantos. Llantos de peces que ya no regresan, de árboles que fueron arrancados, de tierras secas que antes bebían de su cauce generoso. Llantos de comunidades que ven cómo el río cambia, cómo se vuelve calma en algunos tramos y agresivo en otros, como si intentara defenderse. —Abuela —dice Mama Lina—, todavía hay quienes te escuchan.

Y entonces, como un rayo de esperanza, la abuela Lempa vuelve a moverse con más fuerza dejando que sus aguas brillen con la luz del sol. Porque hay manos que siembran árboles en sus orillas. Hay voces que se alzan para defenderla. Hay corazones que entienden que cuidar el río es cuidarse a sí mismos para seguir latiendo.

Las sirenas guardianas emergen en las noches de luna llena. Peinan sus cabellos con algas y cantan melodías que sólo quienes aman de verdad a la madre naturaleza pueden escucharlos. Sus cantos no son de tristeza, sino de resistencia. Ellas saben que el río recuerda.

Recuerda cada paso, cada historia, cada lucha, cada huella. —Yo no tengo fronteras —dice la abuela Lempa—, pero ustedes sí, han creado muchas. Aun así, sigo fluyendo, sigo uniendo, sigo enseñando.

Y, en su recorrido, la abuela abraza montañas, acaricia piedras, nutre campos y acompaña caminos. Se convierte en espejo de agua y en refugio de vida. —Mientras haya alguien que me nombre con honor, mientras haya quien se acerque a

mis aguas con amor y no con ambición, yo seguiré aquí. Mamá Lina sonríe, mirando hacia el horizonte donde el río parece perderse, pero en realidad continúa, y dice:

Abuela, tú no terminas, tú te transformas.

Pero esa noche, cuando el cielo se cubre de estrellas y el viento deja de soplar, algo distinto ocurre. Mamá Lina siente un estremecimiento bajo sus pies descalzos. El río no canta igual. —Abuela... —susurra, acercándose lentamente a la orilla—, ¿qué te pasa?

Las aguas, que antes brillaban como espejos de luna, ahora se mueven con dificultad, como si cada gota cargara un peso invisible. Entonces, desde lo más profundo, emerge una voz más antigua, más grave, como si hablara ya no solo la abuela río, sino la tierra misma.

—Estoy cansada... Mamá Lina sintió cómo el pecho se le apretaba. —No de fluir... sino de resistir. El silencio se hace denso. Las sirenas no cantan esa noche. Los animales guardan distancia. Incluso el viento parece detenerse para escuchar. La abuela río dice:

Me han cortado los caminos. Han cambiado mis ritmos. Donde antes corría libre, ahora me detengo. Donde alimentaba, ahora apenas alcanzo. No basta con defenderme cuando estoy herida. Es necesario vivir conmigo, no solo de mí.

El agua comenzó a moverse lentamente, formando círculos que brillaban tenuemente bajo la luna. Al día siguiente, Mamá Lina caminó por las comunidades cercanas al río. Habló con las abuelas, con la niñez, con los pescadores, con quienes aún lavaban en sus orillas. —La abuela Lempa está hablando —decía—, pero ya no la estamos escuchando.

Algunos asentían en silencio, otros bajaban la mirada, y hubo quienes, por primera vez, se acercaron al río sin prisa. Esa tarde, una niña se sentó a observar cómo la corriente se llevaba una hoja. Una mujer dejó de ver el río solo como trabajo y recordó los días en que reía mientras descansaba junto a sus hermanas. Un anciano contó historias que había guardado por años, sobre cuando el río era más ancho, más profundo, más vivo. Y poco a poco, algo comenzó a cambiar. No en el río. En las personas.

*Las manos que antes solo tomaban, empezaron a cuidar.
Se sembraron árboles donde la tierra estaba desnuda.
Se recogió lo que ensuciaba sus aguas.
Se alzaron voces no desde la rabia, sino desde la memoria.
Una noche, las sirenas volvieron a cantar.
No era un canto fuerte. Era suave. Pero suficiente.*

Mamá Lina sonrió. —Te están escuchando, abuela. El río respondió con un leve brillo que recorrió su superficie como si fueran estrellas flotando. —Siempre han podido hacerlo... solo lo habían olvidado. Con el paso del tiempo, el río no volvió a ser exactamente como antes. Pero tampoco siguió debilitándose. Aprendió a sanar. Y las comunidades aprendieron a sanar con la abuela Lempa. Comprendieron que no se trataba de volver al pasado, sino de construir un presente distinto.

Un presente donde el agua no es mercancía, sino relación. Donde el río no es objeto, sino abuela. Donde el cuidado no es obligación, sino acto de amor. La abuela sabía que mientras existan quienes escuchen, quienes sientan, quienes recuerden, ella nunca dejará de fluir.

*El río continúa su camino, no solo entre tierras, sino entre corazones.
No solo llevando agua, sino llevando historias.*

*Porque cada gota guarda un recuerdo.
Cada corriente, una enseñanza.
Y cada orilla, una oportunidad de volver a empezar.*

—Yo no termino —susurra la abuela Lempa en el eco del agua—, me transformo en quienes me cuidan sin fronteras, sin dueños. Con memoria, con fuerza, con vida. Porque el río no es solo agua, es historia que fluye, raíz que se mueve, latido profundo de la tierra que nos recuerda quiénes somos. Entonces, cuando todo parece quedarse en silencio, y el mundo continúa sin detenerse, la abuela Lempa sigue hablando... pero ya no solo desde el río. Lo que pide... es que recordemos.

*Que volvamos a sentir el agua como parte de nuestro
propio latido.
Que comprendamos que cada gota que se pierde
es también memoria que se borra.
Que cada herida que le hacemos al río
nos la hacemos a nosotros mismos.
Porque no hay frontera que detenga la sed.
No hay muro que contenga el olvido.
No hay riqueza que sustituya la vida.*

Entonces la abuela río, escuchando a todos los seres, les dice:

*Yo sigo aquí. He aprendido a decirlo sin tristeza, sin
reproche, como quien reconoce su propio pulso. He visto
pasar los pasos ligeros de la infancia y los pies cansados
de los años, he escuchado risas que nacían como burbujas
y silencios que pesaban más que las piedras en mi fondo.
Cada historia que me ha tocado no se ha ido: vive en mí,
se mueve conmigo, se mezcla con mi corriente.*

Recuerdo a la niña que un día me habló en secreto, prometiéndome que volvería cuando fuera grande. Regresó, ¿saben?, pero ya no venía sola: traía en sus manos pequeñas,

otras manos, y en sus ojos, el mismo brillo que una vez dejó en los míos. Recuerdo al abuelo que se sentaba a mirarme sin prisa, como si supiera que yo también lo estaba mirando. Y a las mujeres que conversaban y reían de sus preocupaciones, a los hombres que cruzaban con la esperanza apretada en el pecho, a quienes partieron... y a quienes encontraron en mis orillas un motivo para quedarse.

Hoy les hablo a ustedes. Sí, a ustedes que leen, que sienten, que quizá alguna vez han estado cerca de mí o han escuchado mi nombre como un eco lejano. No hace falta que me toquen para entenderme. Basta con que recuerden que todo lo que vive necesita ser honrado, con cariño, con intención. Cuando piensen en mí, no lo hagan como algo distante, sino como parte de su propia historia.

*Cuando pienses en mí,
encuéntrame en las cosas más sencillas,
en esas cosas leves y profundas,
encuéntrame en el viento
y en el arco celeste de la tarde
Cuando pienses en mí, cuando pienses en mí...*

Que cada gesto, por pequeño que parezca, sea una forma de decir: «te veo, te cuido, te agradezco». Porque yo también agradezco. Agradezco cada paso que se acerca sin dañar, cada mano que recoge en lugar de dejar, cada voz que me defiende, aunque no me haya escuchado hablar. Yo sigo fluyendo, y en ese fluir llevo sus historias, sus raíces, sus posibilidades. Y si alguna vez dudan, si alguna vez sienten que lo que hacen no es suficiente, recuerden esto: incluso la gota más pequeña transforma el camino del agua. Vengan. Escúchenme. Caminen conmigo. Todavía estamos a tiempo de escribir juntos lo que sigue. Quien se acerque a mis orillas con el corazón abierto podrá escucharme decir, en el murmullo de sus aguas:

Soy la abuela río Lempa...y sigo caminando.

Diario de escritura

La canción que canta el río Lempa es «Cuando pienses en mí», del compositor Héctor Napolitano, de Galápagos, Ecuador.



Los tecomates

Vidalina Morales

En un país pequeñito de la gran Abya Yala, el cual había sido bautizado con el nombre de Pulgarcito, vivía Vidalina, una niña que nunca antes había conocido el plástico, ni había convivido con él, ni había comido en él, ni había cargado nada en él, ni una sola gota de agua. Todo lo que le daban la tierra, las semillas y su río, el Gualcuquín, lo guardaba de muchas formas para transportar, además, agua, alimento, líquidos, sólidos y cosas.

Por ejemplo, los mangos que recogía de los árboles los guardaba en bolsas de manta que su mamá había confeccionado, blancas y de puro algodón, que ellas mismas habían tejido, hebra a hebra, como habían hecho por generaciones. Así lo cargaban todo, frutas, semillas, cortezas. La misma manta la usaban también para la vestimenta, por eso, sus suaves vestidos tampoco llevaban microplásticos ni plásticos de ningún tamaño, las dejaban respirar en el calor y las protegían del sol.

Los canastos los hacían de vara de bambú o de vara de Castilla, una varita muy espigada, delgadita, que servía para sus casas o muchas cosas más. Tejían canastos de todo tamaño

y forma que se hallaban siempre disponibles para guardar cucharas, lápices de colores, ropa, manteles o lo que ellas quisieran. La vara de Castilla crecía enamorada del agua, por eso vivía a la orilla de los ríos y las quebradas. Aunque era delgada, era muy resistente. En Pulgarcito, hasta coronas se hacían para las fiestas con esa vara.

También había una plantita que caminaba por el suelo con la que se hacía tarros y grandes huacales. Si Vidalina o su hermana quebraban un huacal, su mamá les llamaba a cuidarlos muy bien, porque lo habían fabricado de principio a fin. Cada uno venía de hermosos vegetales. Se elaboraba del fruto de una planta trepadora que había llegado a Abya Yala hacía miles de años.

Lo más hermoso del tocomate era su versatilidad. Se usaba en el día a día para cargar agua fresca durante las duras jornadas para recoger el fruto de la tierra y también era usado como instrumento musical. Además, cortado por la mitad, servía como recipiente de las semillas que se utilizan en el campo para sembrar. Un solo fruto era cantimplora, música y semillero. La calabacita de cuello estrecho y corteza dura era de admirar: fruto que nació blando, creció, se endureció con el tiempo y por esa dureza se hizo útil. El tocomate le servía a Vidalina para todo. El agua se mantenía fresca, el alimento duraba mucho tiempo y también había huacales para guardar masa.

Un día, Vidalina perdió a su madre y con ella se fueron los tocomates, la manta y otros tesoros. Con veinte años Vidalina, ya grande, con dos hijos y su esposo, salió un día a comprar platos para su casa, hacían falta muchas cosas y, sin su madre, un saber quedaba dormido. Lo que encontró al ir a la ciudad fueron plásticos, muchos plásticos. Resultó que eran más baratos y, la verdad, más cómodos, tenían más usos que los tocomates y los huacales. Así pasó años, pero nunca olvidó que ella, de pequeña, no había conocido el plástico, ni lo había necesitado.

Con el paso de los años, Vidalina, la niña que había crecido a orillas del río Gualcuquín, se convirtió en una feroz luchadora para defender su tierra, su agua, sus tecomates y el algodón con el que elaboraba sus mantas. A pesar de las adversidades, amenazas y dificultades, la luchadora dentro de Vidalina creció y creció sin parar.

Un día, Vidalina decidió liberar su casa de todo el plástico que tenía. Con varas de bambú hizo mangueras nuevas que funcionaron muy bien. No curvaban como el caucho, pero esquinó, armó codos con la vara de Castilla, trazó planos para que el bambú llegara a dar agua por todos lados con agua fresca que pasaba por su tibia madera. Así, el bambú se convirtió en uno de los aliados principales de Vidalina y de su comunidad.

El bambú es una fibra generosa que se adapta a todo. Por ello, Vidalina pidió ayuda en la comunidad para elaborar sus espátulas, cucharones, cucharas, cuchillos, tenedores, palitos multiuso, con bambú. Como es resistente, cada utensilio duraba por larguísimo tiempo y si por allí alguno se perdía, pues alimentaba la tierra de donde venía. Cada vez que alguien de la comunidad tenía una pregunta para Vidalina, ella no dudaba y encontraba el material que sustituiría al plástico.

Lo mismo hicieron en casa con los cepillos de dientes. Encontraron hebras naturales que eran un poquito duras, como la del sisal, el coco y el mismo bambú procesado muy fino. Aunque al inicio los dientes dolían un poco, fueron afinando la hebra hasta no tener que usar nylon ni nada sintético. Todo era un esfuerzo constante por ir de la tierra a la tierra. Lo mismo hicieron con los cepillos de lavar ropa, de limpiar zapatos, los cepillos con los que acariciaban a sus animales al peinarlos.

Las plantas trepadoras caminadoras que luego serían tecomates y recipientes no eran nada exigentes, solo necesitaban guiarse por un árbol, agua y espacio. Así, iban trepando, avanzando por la tierra y a ese mismo ritmo le entregaban futuros cántaros, cantimploras que mantenían el agua fresca,

portalápices para escribir, todo lo que se necesitara. No era un cuento mágico de habichuelas que crecieran al cielo ni mucho menos, las plantas generosas se guiaban con los árboles para cubrir, generosas, la tierra por la cual caminaba Vidalina. Tantas cosas hizo en su casa con los tecomates y la vara de Castilla, que ella misma parecía un espigado junco que se mecía al viento.

Aunque muchas veces pareció imposible, Vidalina un día llegó a ver a Pulgarcito libre de plásticos, codicia y devastación. Los tecomates lo habían protegido todo con sus larguísimos tallos. Ese día, cuando el último plástico se fue de la comunidad, Vidalina se sentó en su jardín, en su silla de madera, a conversar con las aves que siempre la acompañaban. Al unísono, aliviadas, todas respiraron con un canto.



A visão de Pagu

Carolina De Moura, Cynthia Camargo, Maíra Do Nascimento

No seio da Cordilheira Uiara, entre uma vastidão de tons de verde e aromas florais, pulsa a energia feminina da Vila Lótus, uma comunidade de mulheres que tece laços de confiança e respeito. O cuidado compartilhado entre elas é um ato de comprometimento, desde a cabeça até os pés. Alternadamente, umas lavam e trançam os cabelos das outras, enfeitando com flores e contas. As mães ensinam suas filhas a prepararem chás para curar o corpo abalado e a alma aflita. As vizinhas trocam mangas por abacates, alfaces por ora-pro-nóbis, sopas por bolos e quando uma mesa está vazia, logo alguém vem para presentear com um pão de queijo quentinho ou um prato de canja. As mais novas massageiam os pés das mais velhas, que carregam em si as cicatrizes de anos de dedicação nas tarefas de casa. Os benzimentos também fazem parte do cotidiano dessas mulheres que utilizam as plantas como remédios para as enfermidades físicas, e também usam o seu poder mágico para acalmar e trazer abrigo aos corações.

Em família, envolta de cuidado, é comum ver as janelas e portas abertas, os cafés compartilhados e as cirandas em

volta da fogueira. Lótus é um coletivo onde a alegria reina, e também é um espaço seguro para falar das tristezas, angústias e fragilidades.

Próximo dali, existe um cantinho sagrado, misteriosamente abençoado por uma lagoa protegida nas entranhas da Terra. A água é pura, acomodada harmonicamente pelo minério, que protege o corpo d'água, bailando em perfeito equilíbrio frágil. Essa lagoa subterrânea nutre nascentes, por toda parte na superfície do planeta. Princípio de tudo, a água flui e possibilita a vida. As pessoas antigas, que descobriram essa reserva de água, a batizaram de lagoa do Ninho.

Pagu vive aí, em meio à diversidade da Mata Atlântica e do Cerrado, berço e caminho das águas. Nasce entre pedras, o que revela sua bela rebeldia imponente, que desperta encantamento em todos os seres ao seu redor. Ela não é uma flor comum, é uma palma púrpura, cujas pétalas cor violeta bebem diretamente da névoa gelada da cachoeira da Noite.

Aquele é um lugar de abundância, repleto de sons e vida, que fascina os seres humanos e os espíritos que por ali rodeiam. Tocar o solo com os pés descalços é o suficiente para sentir o magnetismo e o acolhimento da natureza em paz. A beleza é tão vibrante que mesmo quem chega cansado e triste se abre para receber a energia especial do ambiente.

Pagu amava as tardes em que as mulheres da Vila Lótus subiam a trilha para a cachoeira. Elas iam pegar água pra beber, pra lavar, pra benzer. Enchiam o ambiente de felicidade, com risadas altas que ecoavam como música, em uma troca de segredos que nutriam a vida rio abaixo. Pagu sente a irmandade entre todas e abre-se com empenho para saudar cada mergulho de mulher.

Ali estava a poderosa magia: uma comunidade simples, com moradoras que admiravam o entardecer que derrama um tom laranja nos quintais; a lagoa do Ninho, que serve todos os seres, em nascentes e rios que formam a cachoeira da Noite e tantas outras; e o gosto pelo viver bem e em paz com o essencial.

Pagu se nutre diretamente da lagoa por suas raízes flexíveis, com uma habilidade especial de quem nasce e vive nas pedras. Uma raiz de fino fio branco circula frestas entre as pedras até chegar ao líquido de vida. Assim, tudo o que acontece com as águas internas é sentido pela flor da cachoeira da Noite. Uma das formas de expressar seus sentimentos são os versos; ela tem um dom especial, é uma flor poetisa. Quando passa por algo difícil, suas pétalas se murcham e sua cor se desbota. Uma vez que ressignifica suas dores em poesia, se liberta dos maus pensamentos e retoma sua graciosa forma original.

De repente, toda essa harmonia foi atacada por homens gananciosos. Eles começaram a cavar buracos ao longo da Cordilheira, ferindo o solo para retirar o minério de ferro. Diziam que era para ter «energia, transição, tecnologia, progresso, desenvolvimento e clima». Na verdade, eles falavam muito, mas não diziam nada com nada. Sempre tinha uma contradição; eles estavam realmente confusos. Como um câncer no seio de Uiara, as feridas feitas pelos homens chegaram até a lagoa do Ninho e ela começou a sangrar, o que afetou todo o corpo ancestral da Mãe Terra.

Foi nesse momento que Pagu começou a se sentir cansada. Ela continuava dormindo bem e acordando no ritmo natural, mas não enxergava mais o brilho do ambiente. Também sentia menos amplitude em suas pétalas. Era porque o mundo lá fora sofria... As grandes feridas abertas no corpo da Terra começaram a gerar dores que atravessavam as águas da cachoeira da Noite.

Quem primeiro conversou com Pagu sobre as coisas ruins que estavam acontecendo foi a Aura, uma borboleta azul que chegou na cachoeira porque seguia o grupo de mulheres Lótus.

Pagu ficou preocupada, começou a fazer várias perguntas, mas Aura logo voou para longe, sem explicar detalhes do perigo que rondava. Disse que voltaria logo, que ia precisar muito de ajuda para lidar com aquela situação.

Pagu lembrou que as mulheres não estavam tão felizes e falantes nas últimas visitas. Ela não tinha dado muita importância a esse fato, achou que era um momento desafiador na vida de uma delas. Depois do alerta de Aura, Pagu ficou inquieta. Sentia uma ventania estranha, que vinha de um lugar desconhecido e que entrava em seu caule e em suas pétalas. A ventania tomou conta, parecia um vendaval em intenso frio interno, que fazia até tremer. Ela respirou fundo, entrou em contato com a névoa da cachoeira e conseguiu se acalmar.

O colorido mágico do pôr do sol daquele dia escondeu sua beleza. O laranja iluminado de sempre estava sem graça.

Havia uma sabedoria no corpo de Pagu, mantida pela memória de suas células, cuja origem é um acontecimento traumático vivido pelas suas ancestrais. Ela não entendia exatamente o que havia ocorrido, mas percebeu que homens ferindo a Terra era algo grave que precisava ser enfrentado.

Alertas em sonho

Pagu ama dormir. Assim que o brilho das primeiras estrelas se aproxima, ela rapidamente entra em um descanso profundo e nutritivo. Mas algo estava completamente fora de harmonia. Pagu não conseguia pegar no sono.

E quando dormia, logo chegavam os pesadelos. Começou a sonhar com palavras desconhecidas: alteamento de barragem de rejeitos à montante, dreno horizontal profundo, descomissionamento, fator de segurança... as palavras paravam e ela via correria, gritaria, desespero, gente morrendo, sujeira, estava tudo marrom... veio um silêncio desconfortável, inquietante. Voltavam as palavras incompreensíveis: perfurações, piezômetros, liquefação em situação drenada, risco monetizado, estabilidade da estrutura, gatilho de ruptura.

Pagu acordou em choque, sem entender nada. Começou a vibrar por Aura, não se aguentava mais de nervoso. Ela

precisava entender o que estava acontecendo para saber o que fazer. Diante de um incômodo incontrollável, a impotência tomou conta de todo seu ser, a autoestima desabou e suas pétalas se fecharam, murchas em desespero. Sua vontade era reagir violentamente para impedir quem causava a destruição.

Pagu percebe que quem é responsável pelas feridas no corpo da Terra são os homens fazendo coisas de homens. Há centenas de anos, o mundo foi talhado à imagem de um único senhor: o homem dono do poder, da terra, da palavra. Nessa engrenagem, os corpos femininos viraram posse, a natureza virou recurso, e qualquer voz dissonante - fosse de mulher ou de outro corpo - foi amordaçada. Ainda que sentindo a força da tirania, reagir da mesma forma, com violência, afetaria seu corpo. Pagu sabia que precisava agir, mas que não podia fazer nada sozinha.

*Um pedaço de trapo que fosse
Atirado numa estrada
Em que todos pisam
Um pouco de brisa
Uma gota de chuva
Uma lágrima
Um pedaço de livro
Uma letra ou um número
Um nada, pelo menos
Desesperadamente nada.*

Caminho raiz

Intuitivamente, Pagu se concentrou na força de suas raízes para enviar mensagens às forças femininas. Buscava amparo em Aura. Havia dias que a borboleta não era vista por ela, o que intensificava sua aflição. Ainda assim, não desistiu e passou a enviar mensagens pelas águas, em todas as direções. O grupo de mulheres também não voltou à cachoeira como de costume.

Quem veio sozinha, todavia, foi Jandira, moradora da Vila Lótus, que chegou com lágrimas nos olhos e começou a rezar.

Cozinheira de mão cheia, Jandira trabalhava na mesma empresa que o filho. A vida dura não lhes proporcionou outra escolha, e ambos acabaram se tornando funcionários da mineradora, que parecia ser a grande salvação para os territórios e para os problemas climáticos do planeta. As empresas chegam sempre com um discurso envolvente, afirmando que são importantes para as comunidades e para a prosperidade da região.

O contato das lágrimas de Jandira com as águas da cachoeira foi o toque sutil para conectá-la a Pagu. Ambas começaram a ver uma tragédia, um avassalador colapso de uma barragem de rejeitos de mineração. Jandira se perguntou em voz alta: que imensa onda de lama é essa?

Por um tempo elas ficaram paralisadas, em choque. Quem apareceu para despertá-las foi a névoa da cachoeira, que soprou o recado: «Essa tragédia ainda não aconteceu. Será daqui a 25 dias. Vocês devem salvar as vidas humanas.»

Em um impulso, Pagu consegue fazer Jandira entender que elas tiveram uma premonição. A névoa foi clara; a tragédia ainda não havia acontecido. Suas pétalas, antes murchas, voltavam a se abrir no lento ritmo das respirações que se sincronizavam entre si. Quando a mata entrou em sintonia, elas compreenderam a missão a cumprir.

Quando Jandira entendeu racionalmente o que estava por vir, sentiu uma vulnerabilidade que estrangulava seu peito. Respirando profundamente, enquanto meditava, ela se vê refletida nas águas e se reconhece como parte do todo. Encorajada a interceder para evitar uma terrível tragédia, ela pede por um sinal.

Em um grito mudo, Pagu deixa cair uma de suas pétalas no espelho d'água. Durante os poucos segundos em que caía bailando no ar, a mensagem da flor foi compreendida pela

mulher. Instantaneamente, Jandira tem a visão do que precisa ser feito. Nesse momento, uma revoada de pássaros toma conta do céu e a faz perceber que para alcançar seus objetivos, precisa fazer juntanza feminina.

O fogo interno de Jandira clamava por uma roda de mulheres ao redor da fogueira para compartilhar a necessidade de impedir uma tragédia para poupar vidas. Se o plano fosse descoberto pelos homens, tudo seria em vão. Ela pensa: «Eu quero ter o direito de voltar inteira para a minha casa». Decidida a queimar seus medos, pede que as companheiras Lótus se reúnam sem os filhos ou maridos. Apenas as mulheres, em uma atmosfera de sororidade e confiança, para traçar detalhes da ação que impediria a morte de todos que trabalham na empresa – muitos deles seus familiares e amigos – e da população que vive próxima ao complexo minerário.

Antes mesmo dos primeiros raios de sol tocarem o céu naquele dia oito de dezembro, as mulheres já se encontravam na entrada dos fundos da mineradora. Cada uma se posicionava silenciosamente e, sincronizadas, deram início à sabotagem no refeitório. Em fina estratégia, subtraem os botijões de gás da cozinha, o que impediria que o almoço fosse feito. Sem deixar pistas, todas voltam para suas casas com o peito ofegante, um riso contido e a esperança de que tudo sairia como o planejado.

Poucas horas depois, as mulheres chegaram normalmente para trabalhar na cozinha. Tinham que preparar o almoço para centenas de trabalhadores e trabalhadoras. Aconteceu que, como num «passe de mágica», os botijões de gás haviam «desaparecido». Os homens, confusos, se preocuparam em procurar o ladrão, enquanto as mulheres voltaram para a vila e começaram a preparar os alimentos na cozinha comunitária. No caminho, dando continuidade ao plano de salvamento, passam de porta em porta convidando toda a comunidade para um banquete para celebrar o dia de Oxum, orixá das águas doces, do amor, da fertilidade e da prosperidade.

Sem comida no refeitório da mineradora, os trabalhadores se deslocaram até a cozinha comunitária. Foi aquele ‘trem bom’ juntar os colegas e toda a Vila Lótus em volta do fogão de lenha, todos estavam inebriados pelos aromas da comida e satisfeitos pelo momento sagrado de almoço.

A fenda

De repente, o chão começa a tremer, os pássaros voam sem rumo em desespero, ganidos e uivos se embaralham ao som de um barulho ensurdecedor. Uma montanha construída pelos homens da mineração desmoronou e uma onda marrom traiçoeira rompeu tudo. O que Pagu e Jandira previram, aconteceu. Uma barragem de rejeitos entrou em colapso e destruiu tudo rio abaixo. A força da lama foi tanta que engoliu o refeitório da mineradora, quebrou centenas de árvores seculares, acabou com hortas, derrubou uma ponte, desolou a cachoeira da Noite e soterrou a lagoa do Ninho.

Os minutos que se seguiram pareceram uma eternidade. A alegria de todos se tornou um pranto soluçante, em choque por tamanha destruição. Pagu fica completamente atormentada, muitas plantas e animais morreram, todo o ecossistema ficou abalado.

Um para-brisa partido uma perna quebrada

O nada

Fisionomias massacradas

Tipoiias em meus amigos

Portas arrombadas

Abertas para o nada

Um choro de criança

Uma lágrima de mulher à toa

Que quer dizer nada

Um quarto meio escuro

*Com um abajur quebrado
Meninas que dançavam
Que conversavam
Nada*

Pagu, ainda choramingando, encolhida na sombra da densa poeira, tenta limpar a lama de suas pétalas. Distraída, sentiu uma brisa suave que, para sua surpresa, foi o efeito no ar das asas turquesas de Aura. Enfim, a borboleta voltou. A fina vibração do voo traz um recado importante: «Nenhuma vida humana foi levada. Vocês conseguiram...» Enfim, Pagu suspira aliviada, pois as pessoas foram salvas, ainda que a Mãe Terra tenha sido devastada.

A escuridão da noite nunca foi tão densa como naquele oito de dezembro. No céu, as estrelas não apareceram e até a lua se escondeu atrás das nuvens, nenhum astro quis presenciar tamanha desolação.

A alvorada, contudo, trouxe um bando de borboletas azuis da linhagem de Aura. Com elas veio o prelúdio de um benzimento dos céus. Naquele instante, caíram as primeiras gotas de uma chuva purificadora. O céu verteu suas águas por 25 dias ininterruptos. Pouco a pouco, tudo o que a lama havia contaminado foi lavado.

Enquanto as águas celestes massageiam Pagu, ela recita versos em luto:

*Nada mais sou que um canal
Seria verde se fosse o caso
Digamos que seja a lua nova
Que seja esta plantinha voacejando na minha frente.
Lembranças dos meus amigos que morreram
Lembranças de todas as coisas ocorridas
Há coisas no ar...
Digamos que seja a lua nova
Iluminando o canal
Seria verde se fosse o caso*

As tormentas cessam, as nuvens se vão e o sol renasce para aliviar o sofrimento. Após a dor vem a alegria. Depois do belo aguaceiro, as águas da cachoeira da Noite voltam a resplandecer sua pureza e a lagoa do Ninho retoma capacidade de nutrir mananciais. O céu sobre a Cordilheira Uiara passou a revelar estrelas antes não vistas, desvelando constelações secretas que traziam consigo o brilho cálido das noites mansas.

Pagu, Aura e Jandira se tornam grandes amigas e guardiãs de Uiara. Aprofundando suas finas raízes brancas até o berço das águas subterrâneas, Pagu deu à luz a centenas de palmas púrpuras que alimentam com seu néctar perfumado uma infinidade de abelhas, borboletas e libélulas multicoloridas.

Banhada de gratidão em pleno vigor, a terra fez brotar as árvores frutíferas e os quintais se encheram de gabiobas, açaís, mangas, goiabas e pequis. Dessa produção abundante, as mulheres alimentaram suas famílias e criaram lindas mandalas de sementes, que coloriam a comunidade com tons ocres, carmins e esmeraldas.

Jandira e as mulheres Lótus, fortalecidas por terem conseguido salvar suas famílias, seguem cada dia mais unidas, como irmãs, e conseguem impedir a continuidade das atividades da mineradora na região. Desde então, a Vila Lótus vive em paz. Ficou conhecida como terra sagrada, o local escolhido para mostrar ao mundo que é possível e necessário se relacionar harmonicamente com a Natureza.

Nas noites iluminadas, quando a lua cheia de prata se ancora no escuro, as mulheres Lótus se reúnem para confidenciar seus sentimentos. Ao cantarolar a saudade com seus pandeiros e violas, se sentem encorajadas a seguir em luta pelo direito de viver em paz e de acreditar no futuro.

O coração dessas mulheres nunca mais se entregará ao completo descanso e seus olhos seguirão sempre alertas. Lótus compreendeu, a duras penas, que a ganância das escavadeiras pode voltar a ranger os dentes e que, num sopro de cobiça,

a mineração pode retornar para rasgar novamente o seio da Cordilheira Uiara.

O tempo não cura a dor do luto, ele ensina a viver com uma cicatriz na alma. Com as feridas remendadas e as mãos dadas em roda, elas vivem todos os dias confiantes no poder inabalável da conexão feminina.

Diário de escritura

O conto foi pensado de uma forma muito poética desde seu início. Partindo da escolha de cada nome, tudo foi feito de forma que pudéssemos fazer várias referências com leveza.

A primeira definição foi o nome da flor, Pagu. Esse nome foi inspirado na escritora Pagu, poetisa, desenhista, cartunista, jornalista e militante comunista, considerada a primeira mulher brasileira presa por motivações políticas. Os poemas contidos aqui são trechos de três obras originais de Pagu: «Um Peixe», «Nothing» e «Canal», respectivamente nessa ordem de aparição.

A opção pelo nome Aura para a borboleta veio pelo seu significado: Aura, do latim e grego, significa «sopro de ar». Evoca leveza, suavidade e espiritualidade, como uma energia especial, um brilho sutil.

Cordilheira Uiara é uma referência à cultura indígena ancestral brasileira. Uiara, Iara ou Yara, a depender das diferentes tradições, foi uma linda guerreira que despertava inveja em seus irmãos. Eles queriam matá-la, contudo ela é quem os mata em legítima defesa. Seu pai, em um ato intempestivo de vingança, a joga no rio para que morresse. Os peixes a transformam em sereia, fazendo dela a Senhora das Águas ou Mãe d'Água.

Já o nome da Vila Lótus foi inspirado no coletivo de mulheres no qual o Instituto Cordilheira atua: Mulheres Lótus. A flor de lótus cresce em meio à lama, o que nos toca intimamente, uma vez que vivemos em comunidades vizinhas à lama da mineração e já arrasadas pelas barragens rompidas.

Lagoa do Ninho é uma referência ao útero, berço de vidas, construído carinhosamente para acolher filhas e filhos.

A última personagem que entra nessa história é Jandira. Seu nome tem origem no tupi-guarani, língua indígena brasileira, e significa «abelha de mel». A relação entre as abelhas e as flores tem uma sinergia muito forte na natureza e, assim, é também entre Jandira e Pagu.

O estado de Minas Gerais é dramaticamente afetado por rompimentos de barragens, os maiores foram em Mariana (2015) e Brumadinho (2019). As datas desses desastres-crimes marcam muito profundamente as comunidades diretamente afetadas. Em Brumadinho, a tragédia se deu em 25 de janeiro. Desde então, todo dia 25 ocorrem celebrações e atos em memória das vítimas e por justiça. Muitos dizem «25 é todo dia».

Rodrigo Monteiro Costa era funcionário da Vale. Angustiado por saber da possibilidade do rompimento da barragem, escreveu em seu caderno: «Quero ter o direito de voltar inteiro para a minha casa». Essa frase consta na exposição de itens pessoais das vítimas fatais da tragédia, no Memorial Brumadinho e foi reproduzida em nosso conto pela personagem Jandira.

Para datar o colapso da barragem do conto, escolhemos 08 de dezembro, dia de Oxum, orixá das águas doces, do amor, da fertilidade e da prosperidade, é a Rainha das Águas nas religiões de matriz africana Umbanda e Candomblé.

Por fim, trazemos a referência da música «Noites traiçoeiras». Dias antes do fatídico 25 de janeiro de 2019, foi gravado um vídeo muito alegre com funcionários da empresa cantando esse hino religioso no vestiário da mineradora. Os funcionários que aparecem nas imagens não sobreviveram. Assim, em um ato de fé, os familiares entoam os versos buscando consolo em Deus. Dias depois da tragédia-crime, caminhando pela comunidade do Córrego do Feijão, uma mulher defensora do território em Brumadinho confundiu a letra da música e trocou «noites traiçoeiras» por «flor de cachoeira». Nossa Pagu.



La visión de Pagú

Carolina De Moura, Cynthia Camargo, Maíra Do Nascimento
Traducción del brasileño al español de Valentina Figuera Martínez

En el seno de la Cordillera Uiara, entre una inmensidad de tonos de verde y aromas florales, pulsa la energía femenina de Villa Loto, una comunidad de mujeres que teje lazos de confianza y respeto. El cuidado compartido entre ellas es un acto de compromiso, de la cabeza a los pies. Se alternan para lavarse y trenzarse el cabello, adornándose con flores y cuentas. Las madres enseñan a sus hijas a preparar té para curar el cuerpo sacudido y el alma afligida. Las vecinas cambian mangos por aguacates, lechugas por ora-pro-nobis, sopas por tortas y, cuando una mesa está vacía, rápido alguien viene a regalar un pan de queso calientito o un plato de caldo de gallina. Las más jóvenes masajean los pies de las más viejas, quienes cargan en su cuerpo las cicatrices de años de dedicación en las tareas del hogar. Las bendiciones también forman parte del cotidiano de esas mujeres que utilizan las plantas como remedios para las enfermedades físicas, y también usan su poder mágico para calmar y traer abrigo a los corazones.

En familia, envuelta en cuidado, es común ver las ventanas y puertas abiertas, los cafés compartidos y los círculos de resistencia alrededor de la hoguera. Loto es una colectiva donde reina la alegría, y también es un espacio seguro para hablar de las tristezas, angustias y fragilidades.

Cerca de allí, hay un rinconcito sagrado, misteriosamente bendecido por una laguna protegida en las entrañas de la Tierra. El agua es pura, acomodada armónicamente por el mineral, que protege el cuerpo de agua, bailando en perfecto y frágil equilibrio. Esta laguna subterránea nutre manantiales por todos lados en la superficie del planeta. Principio de todo, el agua fluye y hace posible la vida. Los antiguos, que descubrieron esta reserva de agua, la bautizaron como laguna del Nido.

Pagú vive allí, en medio de la diversidad del Bosque Atlántico y del Cerrado, cuna y camino de las aguas. Nace entre piedras, lo que revela su hermosa rebeldía imponente, que despierta encantamiento en todos los seres a su alrededor. No es una flor común, es una palma púrpura, cuyos pétalos de color violeta beben directamente de la niebla helada de la cascada de la Noche.

Aquel es un lugar de abundancia, lleno de sonidos y vida, que fascina a los seres humanos y a los espíritus que por allí rodean. Tocar el suelo con los pies descalzos es suficiente para sentir el magnetismo y la acogida de la naturaleza en paz. La belleza es tan vibrante que incluso quien llega cansado y triste se abre para recibir la energía especial del ambiente.

A Pagú le encantaban las tardes cuando las mujeres de Villa Loto subían por el sendero hacia la cascada. Iban a agarrar agua para beber, para lavar, para bendecir. Llenaban el ambiente de felicidad, con risas fuertes que resonaban como música, en un intercambio de secretos que nutrían la vida río abajo. Pagú siente la hermandad entre todas y se abre con empeño para saludar cada inmersión de mujer.

Allí estaba la poderosa magia: una comunidad sencilla, con mujeres que admiran el atardecer, que derrama un tono anaranjado en los patios. La laguna del Nido, que sirve a todos los seres, en manantiales y ríos que forman la cascada de la Noche y tantas otras, y el gusto por el vivir bien y en paz con lo esencial.

Pagú se nutre directamente de la laguna por sus raíces flexibles, con una habilidad especial de quienes nacen y viven en las piedras. Una raíz de fino hilo blanco circula grietas entre las piedras hasta llegar al líquido de vida. De ese modo, todo lo que sucede en las aguas interiores se siente por la flor de la cascada de la Noche. Una de las formas de expresar sus sentimientos son los versos; ella tiene un don especial, es una flor poeta. Cuando pasa por algo difícil, sus pétalos se marchitan y su color se desvanece. Una vez que resignifica sus dolores en poesía, se libera de los malos pensamientos y retoma su graciosa forma original.

Un día, de repente, toda esta armonía fue atacada por hombres codiciosos. Comenzaron a cavar huecos a lo largo de la cordillera, hiriendo el suelo para extraer el mineral de hierro. Decían que era para tener «energía, transición, tecnología, progreso, desarrollo y clima». La verdad, hablaban mucho, pero no decían nada con nada. Siempre había una contradicción; estaban realmente confundidos. Como un cáncer en el seno de Uiara, las heridas hechas por los hombres llegaron hasta la laguna del Nido y ella comenzó a sangrar, lo que afectó a todo el cuerpo ancestral de la Madre Tierra.

Fue en este momento que Pagú comenzó a sentirse cansada. Seguía durmiendo bien y despertando al ritmo natural, pero ya no veía el brillo del ambiente. También sentía menos amplitud en sus pétalos. Era porque el mundo exterior sufría... Las grandes heridas abiertas en el cuerpo de la tierra comenzaron a generar dolores que atravesaban las aguas de la cascada de la Noche.

Aura fue la primera que conversó con Pagú sobre las cosas malas que estaban sucediendo, era una mariposa azul que llegó a la cascada porque seguía al grupo de mujeres Loto. Pagú se preocupó, comenzó a hacer preguntas, pero Aura pronto se fue volando lejos, sin explicar detalles del peligro que rondaba. Dijo que volvería pronto, que iba a necesitar mucha ayuda para lidiar con esa situación.

Pagú recordó entonces que las mujeres no estaban tan felices ni habladoras en las últimas visitas. No le había dado mucha importancia, pensó que quizás era un momento desafiante en la vida de una de ellas. Pero después de la alerta de Aura, se inquietó. Sintió un viento extraño que venía de un lugar desconocido y que entraba en su tallo y en sus pétalos. El viento se apoderó, parecía un vendaval en un intenso frío interno, que hacía temblar. Respiró hondo, entró en contacto con la niebla de la cascada y logró calmarse.

El colorido mágico de la puesta de sol de ese día ocultó su belleza. El anaranjado iluminado de siempre estaba apagado.

Había una sabiduría en el cuerpo de Pagú, mantenida por la memoria de sus células, cuyo origen es un acontecimiento traumático vivido por sus ancestros. No entendía exactamente lo que había ocurrido, pero sabía que si existían hombres hiriendo la Tierra, eso era algo grave que debía ser enfrentado.

Alertas en sueños

Por lo general, a Pagú le encanta dormir. Tan pronto el brillo de las primeras estrellas se acerca, rápidamente entra en un descanso profundo y nutritivo. Sin embargo, algo estaba ahora completamente fuera de armonía, no podía dormir.

Y cuando dormía, pronto llegaban las pesadillas. Comenzó a soñar con palabras desconocidas: alteamiento de represa de relaves aguas arriba, drenaje horizontal profundo, desmantelamiento, factor de seguridad...las palabras

paraban y ella veía gente corriendo, gritos, desesperación, muerte, suciedad, estaba todo marrón... Vino un silencio incómodo, inquietante. Volvían las palabras incomprensibles: perforaciones, piezómetros, licuefacción en situación drenada, riesgo monetizado, estabilidad de la estructura, gatillo de ruptura.

Pagú se despertó en estado de shock, sin entender nada. Comenzó a vibrar por Aura, estaba muy nerviosa. Necesitaba entender lo que estaba pasando para saber qué hacer. Ante una molestia incontrolable, la impotencia se apoderó de todo su ser, su autoestima se derrumbó y sus pétalos se cerraron, marchitos en desesperación. Tenía ganas de reaccionar violentamente para detener a quien causaba la destrucción.

Pagú se dio cuenta de que los responsables de las heridas en el cuerpo de la Tierra eran los hombres que hacen cosas de hombres. Hace cientos de años, el mundo fue tallado a imagen de un único señor: el hombre dueño del poder, de la tierra, de la palabra. En ese engranaje, los cuerpos femeninos se volvieron posesión, la naturaleza se volvió recurso, y cualquier voz disonante –fuera de mujer o de otro cuerpo– fue amordazada. A pesar de sentir la fuerza de la tiranía, reaccionar de la misma forma, con violencia, afectaría su cuerpo. Pagú sabía que tenía que actuar, pero que no podía hacerlo sola.

*Un pedazo de trapo
tirado en una carretera
donde todos pisan
Un poco de brisa
Una gota de lluvia
Una lágrima
Un pedazo de libro
Una letra o un número
Un nada, al menos
desesperadamente nada.*

Camino raíz

Intuitivamente, Pagú se concentró en la fuerza de sus raíces para enviar mensajes a las fuerzas femeninas. Buscaba amparo en Aura. Hacía días que no veía a la mariposa, lo que agudizaba su aflicción. Aun así, no se rindió y pasó a enviar mensajes por las aguas, en todas las direcciones. El grupo de mujeres tampoco regresó a la cascada como de costumbre. Quien vino sola, sin embargo, fue Jandira, habitante de Villa Loto, que llegó con lágrimas en los ojos y comenzó a rezar.

Cocinera con todas las de ganar, Jandira trabajaba en la misma empresa que su hijo. La vida dura no les dio otra opción, y ambos terminaron convirtiéndose en empleados de la empresa minera, que parecía ser la gran salvación para los territorios y los problemas climáticos del planeta. Las empresas siempre llegan con un discurso cautivante, afirmando que son importantes para las comunidades y para la prosperidad de la zona.

El contacto de las lágrimas de Jandira con las aguas de la cascada fue el toque sutil para conectarla con Pagú. Ambas comenzaron a ver una tragedia, el avasallador colapso de una represa de relaves mineros. Jandira se preguntó en voz alta: ¿qué inmensa ola de barro es esa?

Por un tiempo quedaron paralizadas, en shock. La niebla de la cascada surgió sutilmente para despertarlas soplando el mensaje: «esta tragedia aún no ha sucedido. Será en veinticinco días. Deben salvar vidas humanas.»

En un impulso, Pagú logra que Jandira entienda que habían tenido una premonición. La niebla era clara; la tragedia aún no había sucedido. Sus pétalos, antes marchitos, volvían a abrirse al lento ritmo de las respiraciones que se sincronizaban entre sí. Cuando el bosque entró en sintonía, comprendieron la misión a cumplir.

Cuando Jandira entendió de forma racional lo que estaba por venir, sintió una vulnerabilidad que le estrangulaba el pecho. Respirando profundamente, mientras meditaba, se ve reflejada en las aguas y se reconoce como parte del todo. Alentada a interceder para evitar una terrible tragedia, pide una señal.

En un grito mudo, Pagú deja caer uno de sus pétalos en el espejo de agua. Durante los pocos segundos en que cae bailando en el aire, la mujer comprende el mensaje de la flor. Al instante, Jandira tiene la visión de lo que hay que hacer. En ese momento, un vuelo de pájaros se apodera del cielo y le hace darse cuenta de que, para alcanzar sus objetivos, necesita hacer juntanza femenina.

El fuego interno de Jandira clama por una rueda de mujeres alrededor de la hoguera para compartir la necesidad de detener una tragedia y salvar vidas. Si el plan es descubierto por los hombres, todo será en vano. Piensa: «quiero tener el derecho de volver entera a mi casa». Decidida a quemar sus miedos, pide que las compañeras Loto se reúnan sin sus hijos ni maridos. Serán solo las mujeres, en una atmósfera de sororidad y confianza, para trazar detalles de la acción que evitará la muerte de todos los que trabajan en la empresa, muchos de ellos sus familiares y amigos, y de la población que vive cerca del complejo minero.

Incluso antes de que los primeros rayos del sol tocan el cielo ese 8 de diciembre, las mujeres ya se encontraban en la entrada trasera de la minera. Cada una se posicionaba silenciosamente y, sincronizadas, iniciaron el sabotaje en el comedor. En fina estrategia, se llevan las bombonas de gas de la cocina, lo que impediría que el almuerzo fuese hecho. Sin dejar pistas, todas regresaron a sus casas con el pecho jadeando, una risa contenida y la esperanza de que todo saldría según lo planeado.

Unas horas después, las mujeres llegaron normalmente a trabajar en la cocina. Tenían que preparar el almuerzo para cientos de trabajadores y trabajadoras. Sucedió que, como por

«arte de magia», las bombonas de gas habían «desaparecido». Los hombres, confundidos, se concentraron en buscar al ladrón, mientras que las mujeres regresaron al pueblo y comenzaron a preparar la comida en la cocina comunitaria. En el camino, dando continuidad al plan de rescate, pasaron de puerta en puerta invitando a toda la comunidad a un banquete para celebrar el día de Oxum, orixa de las aguas dulces, del amor, de la fertilidad y de la prosperidad.

Sin comida en el comedor de la minera, los trabajadores se desplazaron hasta la cocina comunitaria. Fue esa idea mágica de reunir a los colegas y a toda Villa Lótus alrededor de la cocina de leña que los dejó a todos embriagados por los aromas de la comida y satisfechos por el momento sagrado del almuerzo.

La grieta

De repente, el suelo comienza a temblar, los pájaros vuelan sin rumbo en desesperación, los aullidos y estruendos se confunden con el sonido de un ruido ensordecedor. Una montaña construida por los mineros se derrumba y una ola marrón y traicionera rompe todo. Lo que Pagú y Jandira habían vaticinado sucedió. Una represa de relaves colapsa y destruye todo río abajo. La fuerza del barro es tal que se traga el comedor de la minera, rompe cientos de árboles centenarios, acaba con huertos, derriba un puente, desola la cascada de la Noche y sepulta la laguna del Nido.

Los minutos que siguieron parecieron una eternidad. La alegría de todos se convirtió en un llanto sollozante, una conmoción por toda la destrucción. Pagú estaba completamente atormentada, muchas plantas y animales murieron, todo el ecosistema fue sacudido.

*Un parabrisas partido una pierna rota
La nada
Fisonomías masacradas
Cabestrillos en mis amigos
Puertas destruidas
abiertas a la nada
El llanto de una niña
La lágrima de una mujer en vano
que quiere decir nada
Una habitación semioscura
con una lámpara rota
Chicas que bailaban
que conversaban
Nada*

Pagú, todavía gimiendo, acurrucada a la sombra del polvo denso, trata de limpiarse el barro de los pétalos. Distraída, siente una suave brisa que, para su sorpresa, es el efecto en el aire de las alas turquesas de Aura. Finalmente, la mariposa regresa. La fina vibración del vuelo trae un mensaje importante: «Ninguna vida humana fue llevada. Lo lograron...» En fin, Pagú suspira aliviada, pues se salvaron las personas, aunque la Madre Tierra haya sido devastada.

La oscuridad de la noche nunca fue tan densa como aquel 8 de diciembre. En el cielo, las estrellas no aparecieron, y hasta la luna se escondió detrás de las nubes. Ningún astro quiso presenciar toda esa desolación.

Sin embargo, el amanecer trajo una bandada de mariposas azules del linaje de Aura. Con ellas vino el preludio de una bendición de los cielos. En ese instante, cayeron las primeras gotas de una lluvia purificadora. El cielo derramó sus aguas durante veinticinco días ininterrumpidos. Poco a poco, todo lo que el barro había contaminado quedó lavado.

Mientras las aguas celestiales masajean a Pagú, ella recita versos de luto:

*No soy más que un canal
Sería verde si ese fuera el caso
Digamos que es la luna nueva
Que sea esta plantita volando delante de mí
Recuerdos de mis amigos que murieron
Recuerdos de todas las cosas que ocurrieron
Hay cosas en el aire...
Digamos que es la luna nueva
iluminando el canal
Sería verde si ese fuera el caso*

Las tormentas cesan, las nubes se van y el sol renace para aliviar el sufrimiento. Después del dolor viene la alegría. Después del hermoso aguacero, las aguas de la cascada de la Noche vuelven a resplandecer con su pureza y la laguna del Nido retoma su capacidad de nutrir manantiales. El cielo sobre la Cordillera Uiara pasó a revelar estrellas antes no vistas, desvelando constelaciones secretas que traían consigo el brillo cálido de las noches mansas.

Pagú, Aura y Jandira se convierten en grandes amigas y guardianas de Uiara. Hundiendo sus largas y finas raíces blancas hasta la cuna de las aguas subterráneas, Pagú da a luz a cientos de palmas púrpuras que alimentan con su néctar perfumado a una multitud de abejas, mariposas y libélulas multicolores.

Bañada de gratitud en pleno vigor, la tierra hace brotar los árboles frutales y los patios se llenan de gabiobas, açáis, mangos, guayabas y pequis. De esta abundante producción, las mujeres alimentan a sus familias y crean hermosos mandalas de semillas, que llenan la comunidad de colores ocre, carmines y esmeraldas.

Jandira y las mujeres Loto, fortalecidas por haber logrado salvar a sus familias, siguen cada día más unidas, como hermanas, y logran impedir la continuidad de las actividades de la minera en la región. Desde entonces, Villa Loto vive en paz. Se hace conocida como tierra sagrada, el lugar elegido para mostrarle al mundo que es posible y necesario relacionarse armónicamente con la naturaleza.

En las noches iluminadas, cuando la luna plateada se alza en la oscuridad, las mujeres Loto se reúnen para confesar sus sentimientos. Al tararear la nostalgia con sus panderetas y violas, se sienten alentadas a seguir luchando por el derecho a vivir en paz y a creer en el futuro.

El corazón de estas mujeres nunca más se entregará al completo descanso y sus ojos seguirán siempre alertas. Loto comprende, a duras penas, que la codicia de las excavadoras puede volver a crujir los dientes y que, en un soplo de codicia, la minería puede regresar para rasgar nuevamente el seno de la Cordillera Uiara.

El tiempo no cura el dolor del duelo, enseña a vivir con una cicatriz en el alma. Con las heridas parcheadas y las manos juntas en círculo, viven todos los días confiadas en el poder inquebrantable de la conexión femenina.

Diario de escritura

Desde el comienzo, el cuento fue pensado de una manera muy poética. Partiendo de la elección de cada nombre, todo se tejió para poder construir varias referencias con ligereza.

La primera definición fue el nombre de la flor, Pagú. Está inspirado en la escritora Pagú, poeta, dibujante, periodista y militante comunista, considerada la primera mujer brasileña encarcelada por motivos políticos. Los poemas contenidos aquí son extractos de tres obras originales de Pagú: «Un pez», «Nothing» y «Canal», respectivamente en ese orden de aparición.

La opción por el nombre Aura para la mariposa vino por su significado: Aura, del latín y griego, significa «soplo de aire». Evoca ligereza, suavidad y espiritualidad, como una energía especial, un brillo sutil.

La Cordillera Uiara es una referencia a la cultura indígena ancestral brasileña. Uiara, Iara o Yara, dependiendo de las diferentes tradiciones, fue una bella guerrera que despertaba envidia en sus hermanos. Quieren matarla, pero es ella quien los mata en legítima defensa. Su padre, en un acto intempestivo de venganza, la arroja al río para que muera. Los peces la convierten en sirena y pasa a ser conocida como la dama de las aguas o madre del agua.

El nombre de Villa Loto fue inspirado en el colectivo de mujeres en el que actúa el Instituto Cordillera: las Mujeres Loto. La flor de loto crece en medio del barro, lo que nos sensibiliza íntimamente, ya que vivimos en comunidades vecinas al barro de la minería y arrasadas por las represas rotas.

Laguna del Nido es una referencia al útero, cuna de vidas, construido cariñosamente para acoger a hijas e hijos.

El último personaje que entra en esta historia es Jandira. Su nombre es de origen tupí-guaraní, lengua indígena brasileña, y significa «abeja de miel». La relación entre las abejas y las flores tiene una sinergia muy fuerte en la naturaleza y, por lo tanto, también entre Jandira y Pagú.

Minas Gerais es un estado dramáticamente afectado por rupturas de represas, las más grandes fueron en Mariana (2015) y Brumadinho (2019). Las fechas de estos desastres-crímenes marcan muy profundamente a las comunidades directamente afectadas. En Brumadinho, la tragedia ocurrió el 25 de enero. Desde entonces, cada día 25 hay celebraciones y actos en memoria de las víctimas y por justicia. Muchos dicen «25 es todos los días».

Rodrigo Monteiro Costa era empleado de la empresa minera Vale. Angustiado por saber de la posibilidad del rompimiento de la represa, escribió en su cuaderno: «Quiero tener derecho a volver entero a mi casa». Esa frase consta en la exposición de objetos personales de las víctimas fatales de la tragedia, en el Memorial Brumadinho, y fue reproducida en nuestro cuento por el personaje Jandira.

Para fechar el colapso de la represa del cuento, elegimos 8 de diciembre, Día de Oxum, orixa de las aguas dulces, del amor, de la fertilidad y de la prosperidad, es la reina de las aguas en las religiones de matriz africana Umbanda y Candomblé.

Por último, hacemos referencia a la canción «Noches traicioneras». Días antes del fatídico 25 de enero de 2019, se grabó un video muy alegre con empleados de la compañía cantando este himno religioso en el vestuario de la empresa minera. Los empleados que aparecen en las imágenes no sobrevivieron. Así, en un acto de fe, los familiares entonan los versos buscando consuelo en Dios. Días después de la tragedia-crímen, caminando por la comunidad Córrego do Feijão, una defensora territorial en Brumadinho confundió la letra de la canción e intercambió «noches traicioneras» por «flor de cascada», nuestra Pagú.



De cómo las mujeres tejieron con la energía del tata Inti

Sulma Canaviri Fernández

En un pueblito muy lejano habita la comunidad de Canaslupe, situada en el municipio de Pazña, departamento de Oruro. En esta zona altiplánica de Bolivia, el sol, Tata Inti, quema fuerte y brilla con mucha intensidad. Se respira aire limpio, en los alrededores se observan cerros majestuosos pero con escasa vegetación y pastos nativos. De sus laderas se prenden parcelas con producción de papa, quinua, forrajes de avena, cebada y alfalfa para el pastoreo del ganado camélido, ovino y vacuno, donde el calor del sol sobre el pastizal brilla sobre la ladera.

En Canaslupe habitan mujeres que lucen orgullosas sus polleras coloridas, sombreros de ala ancha que las protegen del sol, cabellos largos y trenzados con tullmas vistosas tejidas con lanas de llama que se acomodan en la espalda, manos sabias y mágicas que hacen florecer la tierra. Las mujeres deslumbran en el horizonte luminoso del sol. Entre ellas destaca la señora Eduarda, una mujer mayor, productora y ganadera, que desde pequeña hacía quesos y los comercializaba en la ciudad, con mucho esfuerzo porque jamás le tuvo miedo al trabajo.

La señora Eduarda, presidenta de la organización de mujeres productoras, nunca caminaba sola. Junto con sus compañeras, habían logrado algo muy grande para la comunidad: la construcción de carpas solares, que son casas con techo de plástico transparente para la producción de hortalizas. Eso fue un gran orgullo en su trabajo y en Canaslupe. Las carpas eran un espacio de mujeres para trabajar con la madre tierra, donde se aprendía a manejar la tierra bajo techo, a sembrar lechuga, tomate, acelga, apio y otras hortalizas de temporada. Este lugar de vida estaba abastecido con agua limpia que bajaba de las vertientes cristalinas del cerro. La cosecha daba frutos frescos, sanos, de todos los colores.

Lo más lindo de vivir en comunidad después de trabajar era sentarse entre todas y compartir en círculo alegrías, risas, el aroma de los alimentos preparados para compartir la comida comunitaria. Mientras cocinaban, disfrutaban de los perfumes de la tierra y comían juntas, las mujeres hablaban de la importancia de producir frutos que cuidan y benefician a las familias, intercambiaban saberes, valoraban su trabajo juntas y unidas en solidaridad y hermandad. Así fortalecían sus procesos de producción, bajo el sol que calentaba las carpas que techaban los frutos que Canaslupe llevaba a su boca de altiplano.

Entre eso, el río les empezó a hablar bajito.

Un día la tierra se puso triste. Tata Inti, el padre sol, seguía brillando, pero su calor ya no era un abrazo, era más bien una mano que apretaba a las mujeres. Se sintieron angustiadas por la disminución del agua del río y las lluvias llegaban tarde, como si se hubieran perdido en el camino. En medio de la angustia, cada año cambiaban las temporadas de lluvia y ya no se cumplía con el calendario agrícola anterior, que registraba épocas húmedas. Lo peor fue que el río que proporcionaba

agua clara, sana y limpia ahora la mostraba escasa y turbia, las mujeres tenían que acarrear al agua que apenas abastecía para el riego en las carpas. Día a día, el agua triste se iba secando, como si algún desconocido la estuviera absorbiendo. En la comunidad, se escuchaban rumores de tristeza del río hablando bajito: «ya ni agua hay para regar las plantitas», «por eso la gente ya no quiere sembrar».

Entre eso, la señora Eduarda miró sus manos y vio que estaban agrietadas como la tierra por la falta de agua. Angustiada, ya había escuchado que el calentamiento global estaba afectando las regiones del país con sequías prolongadas, ocasionando la pérdida de agua y la producción, causando gran inquietud entre las mujeres. Entonces, se juntaron en círculo y hablaron bajito, como el río. «¿Y si ya no podemos sembrar?» «Esto ya va a pasar», dijeron con un rayo de esperanza. «¿Y si no pasa? ¿Qué será de nuestras wawas, de nuestra comunidad?», se preguntaban con el corazón apretado.

Es de saber que en el altiplano el agua es vida. Si falta agua, falta comida. Con gran preocupación, dijeron las mujeres, cuando falta comida las primeras en sentir seremos nosotras, que somos las cuidadoras y alimentamos a nuestras familias.

El pozo, la bomba y la factura que pesaba

La preocupación de la presidenta Eduarda, junto con su directiva, fue comunicada a las autoridades de la comunidad para que juntos buscaran alguna solución para paliar esa necesidad. Entre todos decidieron excavar un pozo profundo y comprar una bomba que funcionaba con energía eléctrica. Por un tiempo, el agua subía y abastecía de riego en la zona de las carpas, que volvía a estar verde. Las mujeres, aliviadas, seguían capacitándose de cómo producir mejor.

Con los meses llegó otro problema silencioso y pesado: la factura de luz cada día subía un poco más, el costo de la energía eléctrica se sentía en los bolsillos de todas las familias, la preocupación era compartida. Sentían que ya no era rentable producir en las carpas solares viendo que el dinero cada vez era escaso. «Trabajamos hartos –decían–, ya no es rentable producir».

Un día la señora Eduarda fue a una feria de la ciudad. Entre puestos, artesanías y comida vio algo que era distinto: ¿paneles solares? Se acercó curiosa y preguntó: «¿Para qué sirve esto?» Le explicaron el manejo: «Mira, tú agarras los rayos del sol y lo vuelves energía, con esto puedes hacer funcionar tu bomba de agua sin pagar el consumo de energía eléctrica». Entusiasmada, rápidamente la señora Eduarda pensó en el pozo, en la factura, en sus compañeras, en el desaliento para seguir produciendo. Volvió corriendo a Canaslupe, reunió a sus hermanas de la organización y les contó: «El mismísimo Tata Inti nos alumbrará y nos dará energía todos los días, ¡nos puede ayudar a sacar agua sin que nos cueste!».

Las mujeres, organizadas, se repartieron tareas. Las jóvenes, con celular en mano, averiguaron los costos de instalación. Otras, entusiasmadas, buscaron a sus autoridades para hacerles conocer de los avances de la tecnología y cómo la energía solar podía ayudar en la necesidad que tenían para recuperar el agua necesaria para la producción.

En las comunidades, las decisiones se toman consultando a las autoridades y en asamblea comunitaria. Reunidas, junto a la organización de mujeres, la asamblea comunitaria y las autoridades determinaron las posibles soluciones y tomaron decisiones en comunidad. La señora Eduarda tomó la palabra desde su liderazgo, rompió el silencio acomodándose la manta habló con una voz enérgica diciendo:

Hermanas y hermanos, sabemos que en el campo el Tata Inti siempre ha estado con nosotros, nunca nos ha cobrado por alumbrarnos. Solo nos pide que lo respetemos y trabajará con nosotras y con nosotros. ¿Por qué no utilizamos la energía del sol para bombear y sacar el agua del pozo? Los paneles solares podrían ayudarnos, puede ser la solución para no cargar con el peso del pago mensual de energía eléctrica.

Al inicio hubo silencio, dudas. ¿Sería posible? «¿Y si no funciona?», dijo una persona de la comunidad. «¿Y si es muy caro?», dijo una abuela. Entraron en debate, se miraban entre todas y todos. «¿Podríamos realmente cambiar la realidad en la que estamos?» Esa tarde no hubo una decisión precisa, quedando la comunidad en cuarto intermedio.

Pero durante ese tiempo las mujeres no se quedaron dormidas. De noche, se adelantaron y tejieron un plan como se teje un aguayo. Anotaron en qué mes el sol pega más fuerte y qué meses son más productivos, calcularon cuánto se gastaba en el consumo eléctrico anual, comparando con cuánto costaría el panel solar. Las jóvenes hicieron dibujos, números y diseños de croquis del panel solar.

Al llegar la siguiente asamblea, ya no llegaron con dudas, llegaron con información, datos, cuentas y con gran esperanza. Demostraron que comprar el panel solar sería un gasto fuerte al inicio, pero pagar las facturas de energía eléctrica cada mes dolía más. En cambio, la energía del sol, llamada «cambio de modelo energético», era aprovechar la energía de la luz solar. Después de hablar y debatir en la comunidad se acordó hacer la implementación del panel solar garantizando el anhelo de agua para riego.

Pidieron permiso a la madre tierra.

Tras muy largos trámites, llegó el panel solar, generando inquietud y curiosidad en la comunidad de Canaslupe. Lo tocaban, parecía una ventana de vidrio. Para la instalación, ya se contaba con un croquis del lugar: sería frente al pozo de agua. Antes de la instalación, las mujeres de la organización, por medio de una Khoa (ritual andino a la Pachamama), agradeciendo a la madre tierra por sus frutos, y pidiendo permiso para usar su fuerza en bien para toda la comunidad. A fin de garantizar una buena instalación, pidieron a los técnicos especialistas que procedan con la conexión del panel, que les devolvería una mejor vida, protegidas por la fuerza y poder del Tata Inti.

Después de varios procesos y completar la instalación, el panel solar comenzó a funcionar. El agua subió lentamente y llenó las primeras fuentes con agua. Fue un momento de enorme alegría y esperanza entre las mujeres de Canaslupe, contentas por la unión y el trabajo en comunidad para seguir contando con el agua y continuar produciendo con la fuerza del sol y en reciprocidad con la madre tierra.

Desde aquel tiempo, la energía no se mide en kilovatios, se mide en los baldes de agua que ya no cargan a sus espaldas las mujeres. La señora Eduarda al mirar el sol brillar cada mañana, antes del riego, recuerda todo el trabajo que pasaron para lograr el objetivo de buscar agua. Juntas, organizadas, en asamblea, alcanzaron sus sueños, los tejieron como se teje un aguayo. Las mujeres indígenas no solo trajeron el cambio energético a su comunidad, trajeron agua y autonomía, trabajaron juntas para defender el agua, que es defender la vida.

La energía del Sol fue su aliada. Tata Inti les regaló su energía cada día. Eso se llama transición energética en la producción comunitaria.

Una sola mujer es fuerte. Todas juntas, son imparables. Cuando hay un problema, no lo cargues sola: habla, organiza, comparte y sueña, teje con otras mujeres en comunidad. Antes

de hacer algo grande, debes pedir permiso a la Pachamama, agradeciendo por el beneficio en armonía y reciprocidad con la madre tierra.

La transición y el cambio energético a menor escala funcionan, pero no en abstracto. Hay que entenderlo en función de nuestra vida. Muchas veces, alivian la carga económica de las comunidades, de los cuerpos de las mujeres, favorecen la energía sostenible en la forma de producir, distribuir y consumir energía dejando atrás el combustible fósil. Tata Inti nunca se fue, seguimos tejiendo con él y con su energía. Le llaman adopción de sistemas de fuentes de energía renovables, como la energía solar. Para nosotras, es volver a ver a Tata Inti y, con él, transformarnos. Nuestras manos de mujer siembran energía y cosechan luz, esperanza.



Vuelos de futuros caribeños

Luisa Fernanda Pedraza Camargo,
Eliana Carolina Carrillo Rodríguez

Los tiempos de la tierra son largos y profundos. La geología del Caribe colombiano nos cuenta largas historias del paso del tiempo. Un territorio no siempre es el mismo. En un momento todo estuvo bajo el mar, luego fue selva espesa, en otro, bosque seco tropical. Estas capas se superponen sobre las capas del suelo y las entrañas del subsuelo.

El carbón y el petróleo fueron selvas llenas de vida antes que «combustibles». Hoy, vuelven una y otra vez a ser abono del subsuelo, tras un periodo donde fueron usados para acelerar los ritmos de la civilización fósil, es así como existe una larga memoria de su uso y despilfarro. El tiempo presente aún no termina por acomodarse a los tiempos de la tierra, está lastimado por la ambición y la perturbación, pero siempre quedan residuos de memoria en esas capas de la tierra y los relictos de lo que pudo permanecer en pie: montes, mares, algunos arroyos y gentes guajiras y caribeñas.

¿Qué nos cuenta el viento? ¿Qué nos cuentan el carbón y el petróleo que quedaron? ¿Qué nos cuentan los montes que quedaron en pie? ¿Qué nos cuenta el mar? ¿Qué nos cuentan los peces que han perdido a familias enteras a causa de los derrames de petróleo? ¿Cómo hablan los arrecifes artificiales formados a partir de las plataformas bajo el mar, seres cyborg, híbridos, mezclados, que hablan de la combinación de mundos, que no tuvieron más opción que crecer juntos y mantienen la vida en entornos contaminados donde hay un pasado de explotación? ¿Qué dicen las jaibas que presenciaron las transformaciones de sus costas? ¿Y las aves que anidaron en las plantas que, a su vez, crecieron en las montañas artificiales que dejó la gran minería de carbón? ¿Y las hijas de las mariposas amarillas que pudieron metaformarse en los bosques secos tropicales que no sacrificó la gran minería? Allí hay una antigua sabiduría donde la vida se abre paso por las ruinas de la hidra capitalista.

Otras sabias contadoras de historias son las semillas silvestres que lograron pervivir y sobreponerse a la carbonilla –el polvo residual que se liberó cuando se dinamitaba el carbón mineral–, en medio del legado tóxico y la escasez de agua. Ellas son semillas insumisas que germinaron para intentar reparar el irreparable daño ambiental y de salud de ese legado que ha dejado rastros en los cuerpos, las corrientes de agua y los montes.

Hay una niña. Una niña llamada Iisho, que significa cardenal guajiro. Ella aún sabe cómo conversar con todos los seres para reconstruir la historia. Iisho es una niña pescadora Wayuu que proviene de un clan que se ha movido desde la baja Guajira hacia la alta, que se sumerge en el mar cada mañana y que, en sus viajes acuáticos, encuentra arrecifes, estructuras metálicas cubiertas de coral oxidadas con el paso del tiempo, oleoductos que transportaban el crudo desde los pozos hasta los buques de carga, toda una evidencia de ese tiempo pasado que hoy se convierte en acervos de la memoria.

¿Qué historia nos cuentan en este tiempo el carbón, el gas, el petróleo? Ellos nos dicen: en el antes nos despertaron de un sueño profundo bajo el subsuelo y ahora volvemos a la ensoñación. Esa ensoñación nos muestra el camino para recuperar la vida. La niña está atenta a esta historia que le cuentan cada capa del subsuelo, cada ser con quien se relaciona, los sueños que tiene cada noche, y reconstruye esa memoria para no repetir la confusión que produjo el no saber cómo relacionarse con estos abuelos. Estábamos llenas de preguntas. Un día, nos encontramos a Iisho, quien quiso contarnos su historia.

La casa de Iisho: un calabacito, whashu de recuerdos

Un día me puse a escarbar las cosas en mi casa. La casa de mis bisabuelos siempre ha sido un lugar de encuentro, es casi un museo de la resistencia de los pueblos guajiros y caribeños. En mi casa están los chinchorros que se han quedado, las semillas que se guardaron para preservar el legado de quienes han defendido las huertas y los patios, hay decenas de fotos de encuentros entre pueblos, están las conchas de los recuerdos de viajes al mar y las rocas de la Macuira, hay redes hechas por los mismos pescadores de diferentes territorios, están extendidas en las paredes, se ven con algunos deterioros y múltiples nudos que se han transmitido de generación en generación.

En la casa moran los libros que escribieron mis abuelas y mis abuelos, también sus amigxs. Narran nuestras historias y andares por toda la región Caribe. Hay fotos de personas extrañas que han sido cómplices en esta historia. La finca de mis abuelos es una muestra de esa complicidad. Hay ollas donde se hizo mote de queso, frichi o asado de chivo, ollas donde se ahumaron los bollos de yuca y maíz, donde se fritó el pescado recién salido del mar con los patacones que tanto le gustaban a la abuela.

El otro día encontré más fotos y un diario de mi bisabuela del 2024, de eso hace ya setenta años. En ese lejano 2024, se realizó una caravana para movilizar a varias organizaciones de La Guajira y que se encontraran entre sí para dialogar en su territorio. Eran los tiempos en que llegaba la transición, que recorrió desde el norte hasta el sur de la península del departamento. Me impresionó tanto lo que pasaba en esa época, era hasta raro, porque se hablaba de muchos proyectos. A la vez que el tren seguía sacando carbón de la megamina, de día y de noche, la ambición del cobre crecía y, como si eso fuera poco, se estaban mercantilizando también el sol y el viento. Además, se hacía alarde de que el gas sería un «combustible de la transición», como le decían, pensando en seguir extrayéndolo en el mar. ¡Una locura!

Mientras revisaba el diario de mi bisabuela, mi abuela estaba cuidando a mi bisabuelo, que tenía los pulmones enfermos, llenos de carbonilla. Parte de su niñez y juventud la había vivido al lado de un tajo de la mina. Por el mismo tiempo, mi abuela y sus amigas insistían en que el arroyo Bruno no debía ser sacrificado. Era una época donde ya se sentían mucha magulladura y cansancio. Después de cuarenta años, desde que mi bisabuela era niña y había visto la destrucción de todo su territorio, aún eran tiempos muy duros, se vivían los rezagos de estas grietas en la tierra, en los cuerpos mismos.

Más abajo, en el municipio de Manaure, en el corregimiento costero de El Pájaro, extraían gas desde hacía ya varios años, habían afectado la pesca, la playa seguía disminuyendo, varias fuentes de agua se habían llenado de sal, el camarón de río estaba mermado, y el desplazamiento de las comunidades Wayuu de la zona era una constante.

Entre los recuerdos de la casa había fotos de cañaverales, ceibas y caracoles hermosos, y de un manantial azul turquesa del que bebía el pueblo negro. Este lugar producía muchos alimentos, jugosos melones, tomates de rojo brillante, yuca

tierna, maíz dorado, patilla... La gente solía gritar: «¡Yo como queso, no carbón!» En ese momento, su grito era una fuente de esperanza y de resistencia.

También había fotos de los matorrales que subían hacia la alta Guajira, del desierto amplio y lleno de estrellas. Ese mismo desierto que era despreciado y, a ciertos ojos, desmerecido de cierta protección a causa de imaginarios estrechos de lo que es un territorio biodiverso.

En algunas fotos ya se veían los primeros parques de gigantes eólicos. Mientras veía las fotos, una bella y cafecita cardenal guajira se posó en el cardón que está en el patio de la casa. Sentí de todo en el cuerpo, al principio me vi un poco mareada, pero fue como un llamado. El cardenal recorre la Guajira y el Caribe todo el tiempo. Sentí que debía ir como él a visitar aquellos lugares que estaba viendo en las fotos. Me pregunté qué tanto habían cambiado, qué tanto estaba obviando en este tiempo en el que ahora vivía, qué historia contaba ese Caribe.

Entonces decidí preparar mi viaje. Cociné unos bollos de yuca para el camino, empaqué marañones, llevé un chinchorro por si me agarraba la noche y un churro para compartir en el camino. Empaqué mi kit de cuidado menstrual que me había regalado mi prima: tenía toallas de algodón, aceite esencial de las plantas del cerro Cerrejón y unas aromáticas con esencias de Lorica en Córdoba, donde la influencia árabe fue fuerte. Me subí a Pichi, mi moto color rojo, que funciona con energía solar y que se carga directamente de la gran estrella solar sin depender de la red eléctrica.

La noche antes de mi viaje soñé que volaba con la cardenal por todo el Caribe. Cuando desperté, antes de desayunar, fui a consultar mi sueño con la Outsü. Tras esa consulta se terminó de concretar mi plan: había sido orientada a visitar algunos de los lugares de la memoria de la resistencia en el Caribe. Salí muy a la madrugada y me fui por toda la planicie entre las dos serranías.

Iisho vuela por el Caribe

Parques eólicos de Bahía Honda y Cabo de la Vela, Manaure

Los parques eólicos fueron difundidos como un proyecto de transición, pero trajeron algunos problemas similares a los de antes, desplazamientos de comunidades y hasta la muerte de aves que quedaban atrapadas en las astas de esos gigantes. Con el tiempo, algunos de estos parques han dejado de funcionar, se han vuelto basura en medio del paisaje guajiro. En otros, la comunidad logró que no quedara nada de residuos y que la empresa se los llevara. Con el reciclaje de esta basura se logró consolidar un centro de investigación comunitaria. Había un bello proyecto de diversidad de peces del que se sostenían las comunidades allí. Y también de empanadas deliciosas de camarón, me comí por lo menos diez.

La comunidad de Bahía Honda había logrado construir toda una cadena de transformación para el camarón, también lo encurtían, lo sostenían y a la vez lo cuidaban. Ya no había hambre ni sed en la alta Guajira, aunque esas transformaciones no necesariamente fueron tranquilas. En los tiempos de la caótica transición se alteraba el control de las rutas por parte de gente armada. Los tiempos de la guerra terminaron apenas hace veinte años, en el año 2074... pero corrió mucha sangre y hubo mucha sed en este territorio, pues quien lo controlaba era quien administraba el agua.

Ahora ya se lacta sin hambre y bajo la sombra. Las mujeres y las niñas podemos circular tranquilas por todo el territorio Caribe porque se restauró la dignidad de nuestro linaje femenino. Por ese tiempo cuentan que algunas abuelas se reunieron en el cerro Macuira, donde se reafirmó que ninguna mujer fuera tocada para dañarla ni a ella ni a su comunidad, y que su palabra tendría dignidad y peso para las decisiones vitales, políticas y espirituales. En este consejo de abuelas convocaron

a las abuelas afro y se hermanaron los pueblos del Caribe, fue el inicio de la recomposición de las relaciones y la hermandad de los pueblos por mandato del cerro Macuira. Llegaron mujeres de la serranía del Perijá, de la sierra nevada de Santa Marta, del valle, de las ciénagas de Córdoba, de las costas del golfo de Morrosquillo, del archipiélago de San Bernardo. Después de un tiempo de tanto dolor y tanta lucha fue necesario que se pactaran otros acuerdos que no fueran impuestos por las empresas, sino orientados por el espíritu de Pulowi, que es el espíritu de las aguas.

Yosulu, territorio de cardones. El Pájaro

Los cardones son un tipo de cactus que crecen en climas desérticos y almacenan agua en su centro, lo que les permite existir en condiciones extremas. En Yosulu viven las comunidades Apalaanshi, son Wayuus que viven en el mar. Ellas se enfrentaron al proyecto histórico de extracción de gas costa afuera de Chuchupa y Ballena, el cual causó mucho daño y, en medio de sus luchas, lograron exigir un desmantelamiento de la infraestructura. Sin embargo, la empresa dejó una parte. Me quedé observando parte de estos vestigios y sentí que tenía la capacidad de comunicarme con aquello que parecía inerte, como los restos de las plataformas y oleoductos que ya llevaban años de corrosión y contaminación bajo el mar. Me impactó que, incluso en este entorno tóxico, la vida proliferara. La estructura metálica se había convertido en un hogar de muchos peces, musgos, algas, caracolas... era todo un arrecife cyborg, híbrido, mezclado, que albergaba vida inmersa en metales pesados y radiactividad. Era esta la complejidad de lo que quedó tras la voracidad de la civilización fósil. Unas ruinas que, a pesar del colapso, mantenían la vida. También recorrí la costa, la cual se había ido corriendo con los años y, con ello, el mar se había llevado poblados enteros y cementerios sagrados. Esa pérdida de la costa era producto del megaproyecto de extracción de gas, como muchas otras cosas.

La forma de funcionamiento de ese proyecto había profundizado algunas tensiones entre algunos clanes Wayuu que ya tenían algunas disputas por el territorio. Tanto fue así, que se habló de la «guerra del gas», que enfrentó a estos clanes por más de 45 años. Me entristeció esta historia llena de confrontación pero, estando allí, me encontré con uno de los palabreros, quien me contó que, tras el desmantelamiento del proyecto, muchos palabreros como él habían facilitado espacios de diálogo e impulsado la posibilidad de hallar caminos para que los clanes arreglaran sus asuntos y se organizaran de manera solidaria a fin de reparar sus territorios. Esto había restablecido cierto equilibrio espiritual, que involucraba también a los guardianes del gas y el petróleo, quienes ahora volvían a refugiarse, tras el fin de la explotación fósil.

Las guardianas del Cerro Cerrejón, el arroyo Bruno y los viejos tajos

Otra parada fueron los tajos de carbón en Barrancas, Hatonuevo y Albania. Cuando llegué, el viento seguía levantando polvo de las montañas artificiales que antes llamaban botaderos. Desde lejos parecían serranías viejas, pero al acercarme se sentía distinto, la tierra estaba caliente. Las mujeres Negras Hoscas, guardianas del cerro Cerrejón, me contaron que durante décadas el ruido de las voladuras no las dejaba dormir, que hubo noches enteras donde las casas temblaban y el sueño se volvió frágil. También las primas de mi abuela me hablaron de los arroyos y los jagüeyes desaparecidos. Muchos ya no corrían como antes y otros habían quedado enterrados bajo la mina. Pero lo que más me impresionó fue escuchar que el Cerro Cerrejón seguía vivo. Las mujeres decían que nadie había vendido nunca el cerro, que ellas seguían siendo sus guardianas, y que incluso en los años más duros el cerro había resistido como un corazón antiguo que no aceptaba ser arrancado.

En los antiguos patios de las casas, donde antes la carbonilla había secado los mangos, los guaymaros y las matas medicinales, empezaban a crecer nuevamente viveros de matorrales y de bosque seco tropical. Las guardianas del Cerro Cerrejón y las comunidades Wayuu habían tejido una gran red entre comunidades dispersas por los reasentamientos y los territorios que aún resistían junto a los tajos. Allí las infancias aprendían los nombres de las plantas, los pájaros y los arroyos perdidos, aprendían también que la mina no era el único destino posible. Algunas mayores me decían que las semillas habían sobrevivido escondidas en los patios, en los chinchorros viejos, en las mochilas, en las memorias de quienes todavía recordaban cómo olía la tierra antes del carbón. Y así, mientras los montes heridos comenzaban lentamente a reverdecer, entendí que la restauración no estaba ocurriendo solamente en la tierra, sino también en la memoria y en el vínculo antes roto entre la gente y el territorio afrocampesino y Wayuu.

El cerro Cerrejón descansó y el Arroyo Bruno retornó a su cauce natural. Con ardua lucha y poco a poco, fueron liberados, después de que la mina hubiera capturado sus nombres y cercado toda la geografía a su alrededor. Durante mucho tiempo, cuando alguien decía «Cerrejón», ya no se pensaba en el cerro, sino en la mina. Pero el cerro seguía allí, resistiendo bajo el polvo y las explosiones. Con el cierre de la explotación, comenzó lentamente el retorno. Algunas familias afro y Wayuu volvieron a acercarse a los territorios de origen, intentando cerrar la larga diáspora que había fragmentado comunidades enteras.

Los animales del monte también habían hecho su propia diáspora. Durante décadas, muchos huyeron hacia la Serranía del Perijá, que se convirtió en refugio de venados, saínos, cauqueros, aves y pequeños animales de monte que escapaban del ruido, las voladuras y la sed. Ahora algunos comenzaban a regresar tanto al cerro como al Bruno. A veces, al amanecer,

podían verse huellas frescas bajando nuevamente hacia los arroyos en recuperación. El territorio todavía estaba herido, pero la vida estaba intentando reconocerse otra vez a sí misma, con más sombrío y un tiempo distinto.

Cañaverales, donde el manantial sigue cantando y alimentando

Llegué a Cañaverales cuando comenzaba la tarde. Desde lejos escuché acordeones y voces cantando en los patios mientras el olor a maíz cocido y leña se mezclaba con el viento y el sonido de las aguas corriendo por las acequias. Allí entendí por qué muchas personas decían que Cañaverales era la dignidad negra de la península. Mientras otros territorios quedaron atrapados por el carbón, Cañaverales resistió desde la alegría, el vallenato, el agua y la agricultura. El manantial seguía corriendo entre árboles del bosque seco tropical, y sus tierras todavía producían maíz, yuca, frijol, tomate, plátano, algodón y plantas medicinales. Las mujeres, los jóvenes y los mayores habían defendido el territorio durante años con caminatas, murales, recorridos por la reserva y grandes comadreos donde se hablaba del monte, de las semillas y del derecho a permanecer en la tierra.

Con el paso del tiempo, Cañaverales se convirtió en una de las principales fuentes semilleras del bosque seco tropical en La Guajira. Las mujeres lideraban viveros comunitarios donde recuperaban especies nativas y cuidaban semillas que luego viajaban hacia territorios afectados por el extractivismo y las sequías. Decían que sembrar árboles nativos era también una forma de justicia restaurativa, porque ayudaba a sanar territorios heridos y a evitar que otros fueran destruidos. Pero las semillas silvestres no solo servían para restaurar montes, también estaban las semillas domesticadas de los alimentos que sostenían la vida campesina y afrodescendiente que alimentaba a las comunidades y convive con los animales del bosque seco.

Allí, los cultivos, los patios y la reserva Manantial de Cañaverales no estaban separados. Mientras sonaban acordeones y cajas en las noches, las mayores repetían que cuidar el monte también era sembrar comida, proteger el agua y permitir que las aves, monos aulladores, nutrias, armadillos y pequeños animales siguieran encontrando refugio entre los cultivos, aguas y el monte generoso.

Golfo de Morrosquillo y la defensa del maritorio

En el golfo de Morrosquillo me encontré con los manglares de la ciénaga de la Caimanera, hablamos largo y tendido sobre estos años en donde, por fin, habían dejado de recibir trazas de petróleo de los oleajes. Los peces, la mojarra prieta, mojarra roja, mojarra conga, el pargo rojo, pargo prieto, el mero, el lebranche, la cojinúa, el jurelete, el congo, la isabelita, el sábalo, la mejua, poco a poco estaban recuperando su población, luego de sufrir una reducción importante a raíz de la contaminación de los puertos de carbón y petróleo instalados en la zona. Hoy, allí, quedaban algunos residuos de estas infraestructuras, pero las conchas, las algas rojas y verdes cada vez las hacían más suyas.

Aunque esta zona estuvo en amenaza de proyectos de extracción de gas y petróleo en el mar, eso jamás se llevó a cabo. Los manglares hablaron, me contaron la importancia de la lucha de las y los pescadores artesanales en defensa del mar para que estos proyectos pararan, para que los abuelos gas y petróleo permanecieran bajo el lecho marino.

En esta zona había vuelto a proliferar la producción de alimentos como el arroz, el ñame, la yuca, el plátano, el maíz, mangos, guayabas, cocos y patillas. El turismo masivo que alguna vez sufrió esta zona se había convertido en un ejercicio más cuidadoso, de intercambio y colaboración, más que una extracción a los territorios. Conocer esas experiencias me

inspiró a pensar en espacios de intercambio entre los diferentes territorios del Caribe, en miras de fortalecer las experiencias y los procesos que las dinamizaban. Esta fue una idea que me fui pensando para compartir con mis abuelas y mis abuelos.

Córdoba y sus comunidades anfibias

La última parada de mi viaje fue en los territorios cenagosos de Córdoba. Allí, también me encontré con comunidades pescadoras de agua dulce, quienes me compartieron unas buenas berenjenas bañadas en una salsa tradicional, la cual se había adoptado tras un gran intercambio de saberes y sabores que tuvo esta zona con la cultura árabe a través del transporte por el río Sinú. En este territorio las comunidades me hablaron de un histórico proyecto hidroeléctrico llamado Urrá, palabra robada del pueblo Embera que significa «abeja pequeña».

Este proyecto había causado el desplazamiento de muchas comunidades, la desaparición de ciertas especies de peces a causa de represamiento del río, un robo de tierras a las comunidades campesinas y pescadoras que habitaban la región y el asesinato de varios indígenas Embera Katío que lucharon por la defensa de su río. Pregunté si me podían llevar a la represa, y fue una sorpresa ver un hueco gigante que antes contenía el agua represada. Las hidroeléctricas habían dejado de funcionar unos años antes debido a que la escasez de agua hacía insostenible producir la energía a tan gran escala, los embalses se habían vaciado y ahora eran lugares donde se habían asentado familias campesinas y estaban recuperando la capacidad productiva de la tierra.

Este territorio lleno de ciénagas y totumos se reconoce por una larga lucha por la tierra, por una reforma agraria que devolviera la tierra a quienes realmente la trabajan. Me emocionó ver a tantas familias campesinas y pescadoras con tierra, produciendo sandías, berenjenas, totumos, batatas,

guayabas. Me llevé un buen mercado a casa para compartir con la familia y las vecindades, y dejé a cambio algunos de los productos que había traído desde La Guajira.

El retorno a casa

En este punto decidí que debía volver a casa, estaba cargada de muchas memorias e inspiraciones. Sentí que era casi un árbol de totumo bien cargadito y que quería compartir con mis amigas y mis primas. Entendí entonces que el llamado del cardenal era un llamado a guardar esas memorias, a conectar la humedad dulce con la humedad salada, a reconocer lo que nos ha costado reconstruir los territorios y el sombrío, a tener en el centro que el Caribe es uno solo. Entendí que a mis antepasados les tocó tomar decisiones con la cabeza caliente, bajo muy poca sombra, a raíz de la devastación que habían sufrido. Así, tomar decisiones se siente más como un jagüey seco, otra cosa es tomar decisiones con sombra, al lado de un zapote dulce después de una noche de sueño profundo. Ahora había muchos más árboles, ceibas gigantes, mangos, caracolies, guayacanes, ébanos, dividivis y la posibilidad de poner los pies y la cara en tierra fría y fresca que estaba siempre a la mano. En este viaje no solo me hablaron las personas sino también las capas del suelo, las montañas, y los mares, sentía que enviaban un canto a todas las comunidades del Caribe para no repetir esa historia.

Les conté todo a mis abuelas y abuelos, quienes reafirmaron que el cardenal busca con un propósito. Allí les propuse celebrar una gran asamblea del Caribe con intercambios de historias, en agradecimiento por el camino recorrido, las fortalezas y la creatividad para reconstruir los territorios. Era un homenaje a ese nuevo tiempo de la historia del Caribe donde el territorio se había reacomodado al volver a estar en el flujo del agua. Un nuevo momento donde el tiempo corría lento, tranquilo, con posibilidades de abanicarse, tomando algo fresco sin angustias en el pecho ni en el corazón.

Diario de escritura

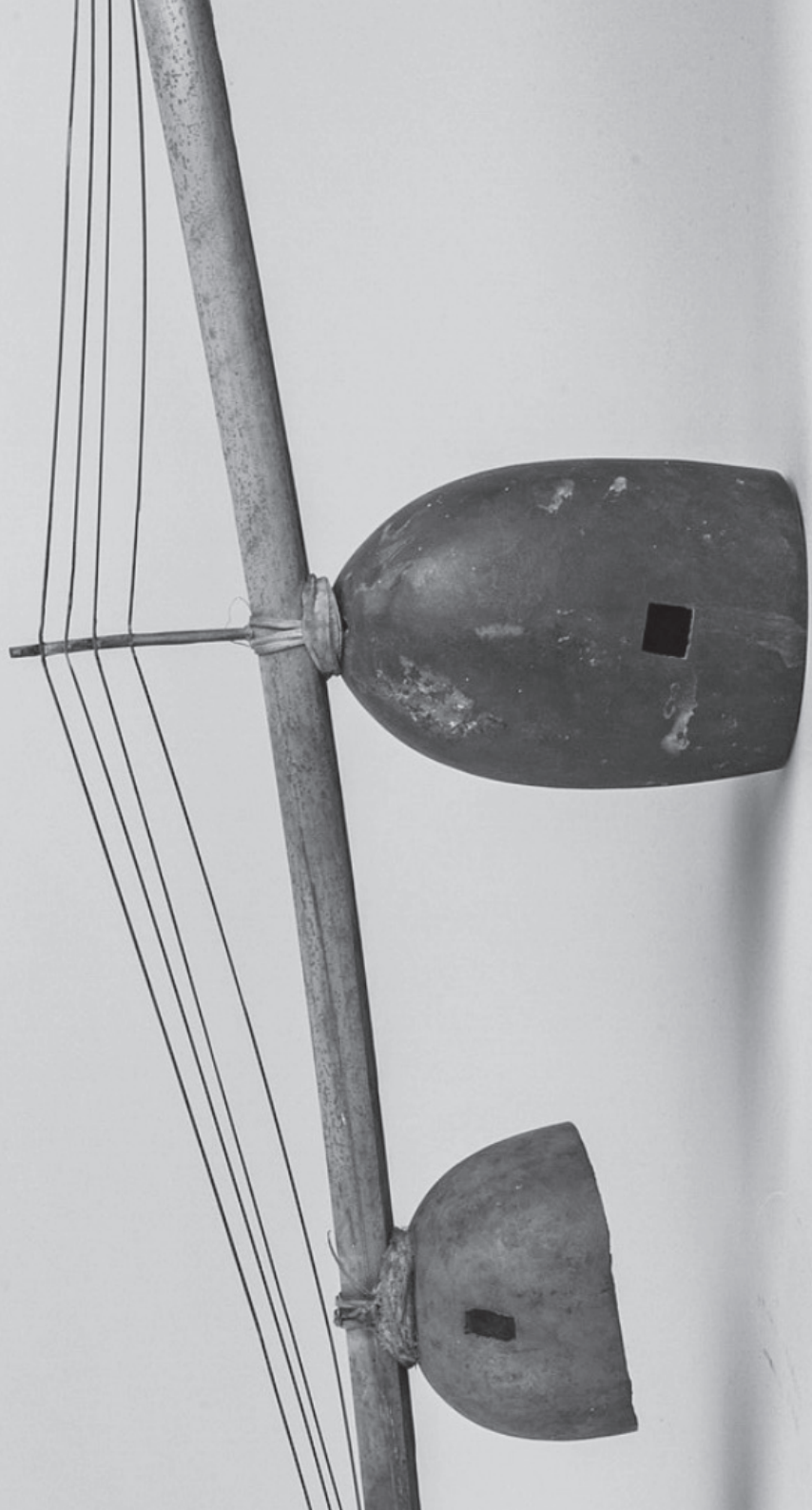
Este cuento surge de un ejercicio que nos propusimos de ficcionar futuros postextractivistas del Caribe colombiano. Sus personajes, momentos y texturas están inspirados en lo que mucha gente y seres han compartido con nosotras en estos territorios, sin embargo, no es algo cerrado ni acabado, sino abierto a que quien lo desee pueda y seguir imaginando estaciones del viaje de Iisho. Nos inspiramos en sus aguas dulces y saladas, y los montes que aún perviven, en las comunidades Wayuu, afroguajiras, pescadoras, afrodescendientes, campesinas que habitan estos territorios. No pretendemos suplantar sus voces ni simplificar la inmensidad de sus mundos, sino compartirlos para rendirles homenaje.

En septiembre de 2024 se llevó a cabo la Caravana «La Guajira le habla a La Guajira» donde diferentes organizaciones territoriales, comunitarias y acompañantes realizaron un recorrido desde la Baja a la Alta Guajira con el objetivo de generar una conversación frente a los escenarios actuales de transición y de cierre minero. De este encuentro surgió el microdocumental «Resistencia en la tierra del viento».

Escogimos a Iisho como la protagonista porque creemos que las luchas por la defensa de los territorios incluyen la defensa de los derechos de las niñas y las mujeres, que sus voces, perspectivas y propuestas son fundamentales para la construcción de futuros en las regiones.

Algunos de los elementos bioculturales aparecieron en conversaciones informales con Yaneth Ortíz, lideresa wayuu, a quien agradecemos por los aportes y lectura.

Este cuento se escribió entre tensiones y la apuesta por una transición que se debate entre un modelo corporativo en Colombia que insiste en mantener la lógica extractiva y una apuesta de las organizaciones por la justicia y la reparación, que incluye el reconocimiento de deudas históricas. Esta tensión se recrudece en un escenario electoral donde está en juego mantener la apuesta de la transición o profundizar el modelo extractivo y depredador de los territorios históricamente sacrificados, como el Caribe colombiano, que en medio de todo sigue resistiendo y reconstruyéndose.



Julia, Goliat y el pueblo Fang

Ivonne Yánez

*Para Khaled,
que amaba las historias de María Chancleta*

Khaled se acostó a la hora de costumbre. Esperaba con ansias que su abuela entrara a su habitación dispuesta a contarle una nueva historia de Julia la herpetóloga y sus misterios por resolver. Esa noche, la espera valió la pena. Su abuela le anunció que le contaría el misterio más difícil de todos con el que Julia se había encontrado. Era el misterio de un lugar en el que todas las máquinas que en él moraban se apagaron un día para no prenderse nunca más.

Julia había estudiado biología a pesar de la insistencia de su padre en que estudiara economía. La biología era una ciencia que le hacía descubrir las maravillas del universo y a seres increíbles que la deslumbraban todos los días. Desde niña, le gustaba descubrir misterios. Siempre recordaba aquellos que había disfrutado mucho resolviendo, por ejemplo, el de las extrañas monedas aparecidas en la fuente de una iglesia; el de las zarigüeyas que aparecían en la pared de las gradas de su casa; el de los imanes del taller de costura de su abuela; los osos del bosque y los apagones; el meteorito radiactivo y la

máquina del tiempo; el árbol que caminaba en el parque de su barrio; o el gran misterio del amor, entre muchos otros que aparecían a medida que crecía. La biología le permitía seguir resolviendo misterios como un modo de explorar el mundo, y eso le fascinaba.

En un momento dado, Julia tuvo la oportunidad de viajar a Guinea Ecuatorial, en África Central, para estudiar su rica herpetofauna, palabra difícil para referirse a los reptiles, o sea, lagartijas, culebras y anfibios, o sea, sapos y ranas del mundo animal.

Otro misterio se le presentaba ahora, este, en su vida interior. Con la biología, ella parecía estar perdiendo su capacidad para entender los misterios que no se podían explicar desde la ciencia, por ejemplo, misterios incomprensibles revelados por alguna diosa o aquellos que parecían asuntos paranormales.

Julia vacilaba sobre todo cuando pensaba que muchos pueblos y muchas culturas existían en buena parte debido a los misterios que la ciencia occidental no podía explicar y que, por ello, no dejaban de existir, o tenían su propia importancia para la gente que creía en ellos. Y lo respetaba. Entre esos misterios estaba la fe, que era lo que menos podía interpretar o sentir por el apego incondicional que tenía a las doctrinas científicas, y también porque en su familia no se practicaba ninguna religión desde hacía algunas generaciones.

Una vez en Guinea Ecuatorial, para realizar sus estudios sobre la rana Goliat, una gigante que podía medir hasta treinta centímetros y pesa hasta dos kilos, Julia se fue a vivir con los Fang, quienes la aceptaron entre ellos. Este es un pueblo asentado mayoritariamente en Guinea Ecuatorial, Gabón y Camerún. Si bien en Guinea Ecuatorial todos los Fang hablan español, con la decolonización decidieron ir sustituyéndolo por su propio idioma, el fang, que a Julia le costaba aprender porque parecía que las palabras tenían una infinidad de sentidos, proverbios constantes y tantas metáforas que se perdía tratando de entenderlas.

Los Fang que moraban en el sitio elegido por Julia para el estudio de las Goliat habían llegado hacía más de dos siglos desde el Este, de la zona del lago Tanganyika, empujados por las guerras y las redadas esclavistas. Migraron y luego se asentaron en esta región de África central.

En una ocasión, Julia conoció que se habían iniciado proyectos petrolíferos cercanos al sitio de sus estudios de ranas. Al inicio no le dio tanta importancia a la noticia, hasta que, a través de conversaciones con miembros del pueblo Fang, con los que había ganado confianza en la convivencia, supo que empezaban a reinar preocupaciones, miedo y rabia. La gente no quería que sus tierras se vieran contaminadas por este tipo de actividades que, además, traerían probablemente problemas sociales y de todo tipo. La empresa que estaba por iniciar los trabajos venía de Brasil.

Como ocurre siempre, hubo personas que creían que el petróleo podría traer bienestar y trabajo. Esto último se escuchaba en las calles, en las reuniones familiares, o incluso en la iglesia del pueblo. Empezaba a haber discordia y peleas aun antes de que saliera una sola gota de crudo de ese suelo.

Sin embargo, la mayor parte de la gente del pueblo estaba convencida de que su forma de vivir, su tranquilidad y la armonía de la que gozaban desaparecerían con la extracción de petróleo. En esa posición estaban, sobre todo, las mujeres y las mayores. Ellas conocían que en otros pueblos donde se había asentado la empresa petrolera la vida era más difícil para ellas. Llegarían violencia, contaminación de los ríos y nuevas enfermedades, y eso las exhortaba a mantener la posición de que no se debía permitir la entrada de la actividad petrolera a su territorio. En muchos lugares, la población ya se había visto obligada a salir.

Durante el tiempo en que Julia había vivido en Guinea Ecuatorial, había hecho amigos y amigas quienes la albergaban como parte de la familia. Los Fang cuidaban su cultura, y

habían construido su aldea, como otras en zonas rurales del centro de África, con casas de adobe o madera y techos de fibra vegetal, pero con la modernización empezaban a verse casas construidas con cemento y techos de zinc. Julia prefería las casas de adobe y paja pues eran más frescas en el calor tropical. Aquí, Julia había entablado especial amistad con las niñas y niños de la escuela, con quienes compartía las aventuras que había vivido en su tierra natal, en medio de los Andes, aclarando misterios y llamándoles a dar sus ideas para resolverlos. Una de sus amistades era Obiang, conocido líder de la región quien promulgaba, con el apoyo de muchas personas, que no querían un futuro esclavo de las empresas y que no debían permitir que la petrolera acabara con sus formas de vida y su cultura, como había ocurrido en otras comunidades vecinas. Esta posición crecía y se organizaban reuniones para conversar sobre cómo seguir.

Al cabo de varias semanas, Julia sintió alegría en calles y casas y notó que la gente empezaba a relajarse. Escuchó comentarios en fang sobre algo que ella no lograba entender, pero entre susurros supo que las operaciones petroleras estaban por terminar. Esto para ella aparecía como otro gran misterio.

Obiang le contó a Julia que había sucedido algo maravilloso. Lo hizo de la manera más normal del mundo, sin aludir a hechos inexplicables ni extraordinarios. Resulta que, un buen día, todas las máquinas de la empresa habían dejado de funcionar. Simplemente, se las encendía y al rato se apagaban solas. Esto ocurría con los taladros, las excavadoras, los autos de los ingenieros petroleros brasileiros. También los teléfonos celulares habían empezado a fallar. Los radios y las linternas se quedaban agotados. A los pocos minutos, el intenso ruido de motores y artefactos se ahogaba y se hacía el silencio.

Los ingenieros pensaban que era un problema técnico que se podría solucionar sin más. No obstante, muchos trabajadores lugareños empezaron a tener miedo y a querer abandonar el sitio

donde todo parecía estarse quedando sin energía. Sin energía eléctrica, sin energía en los motores, sin motores girando, hasta las baterías habían perdido todo su poder.

Al cabo de varias semanas, todo el mundo en el campamento petrolero renunció a explicar lo que estaba pasando. Todos los trabajadores estaban agobiados por la incertidumbre, llenos de desazón, dando vueltas por el campamento sin saber qué hacer, rascándose la cabeza, hablando solos, caminando nerviosos y acongojados o simplemente sentados cabizbajos y meditabundos.

Cuando se supo la noticia de que el proyecto petrolero podría terminarse, el pueblo de Obiang entró en júbilo y organizaron fiestas para celebrarlo. Esto significaba que pronto la amenaza se iría y los dejarían en paz. Durante los festejos, Obiang le contó a Julia el mito de la marcha de los hijos de Afiri-Kara pues todos los Fang vienen de él. También le habló de la relevancia del mvet, instrumento cuyo sonido, junto con los cantos, cuida las relaciones entre los vivos y los muertos y entre los humanos y los dioses. El mvet explicaba el cosmos de los Fang. Durante varias noches, se oyeron cantos acompañados del bello sonido del mvet, dedicado al mito fundacional de los Fang, el fin de su éxodo y el asentamiento en el lugar donde vivían ahora. Las fiestas recobraron aun mayor importancia, ya que podrían seguir viviendo allí.

Las empresas no suelen abandonar sus inversiones fácilmente. La compañía brasilera no iba a dejar el proyecto así porque sí, entonces hicieron todo lo posible por solucionar lo que pasaba con los motores, aunque nada diera resultado. Ningún ingeniero, experto ni profesional mecánico contratado pudo explicar lo que ocurría y, por más que cambiaron todo el equipamiento, acaecía siempre lo mismo.

Mientras tanto, a Julia la invadió su consabido gusanito de ir a resolver ella misma el misterio, pero la contuvieron la solidaridad con el pueblo que la recibía y la convicción de

que ellos tenían razón. Se preguntaba si no sería que alguien estaba boicoteando las operaciones, si algún tipo de sabotaje cibernético provocaba que las máquinas funcionaran mal. ¿Quizás el tipo de aire, el suelo o el ambiente húmedo allí hacían que fallaran? Incluso pensó que algún animal o planta podrían haber invadido las conexiones de los equipos y los malograban. Pero la dimensión de lo acaecido superaba toda la dilucidación científica a la que estaba acostumbrada.

Julia estaba contenta de saber que el pueblo Fang no iba a sufrir las consecuencias de un futuro petrolero, pero, aparte de esto, su carácter inquieto y aventurero la impulsó a intentar descubrir qué era lo que había devuelto la calma a sus amigos. Así, mientras medía, pesaba y fotografiaba a varios ejemplares de la rana Goliath, lo sucedido la intrigaba sin parar y no dejaba de ocupar sus pensamientos. Un día, tomó su mochila y se fue hacia la zona de las operaciones petroleras.

Cuando llegó al campamento petrolero, había ya una multitud de gente. Nadie se percató de su presencia, aun siendo una de las pocas mujeres en el conglomerado. Pululaban hombres con casco y botas, ejecutivos llegados de la ciudad sudando a mares enfundados en sus finos trajes sastre, trabajadores de pueblos vecinos, mecánicos con mamelucos y cascos metidos entre los hierros de las máquinas. Algo que le llamó la atención fue un puñado de personas que no parecían ser de la zona, menos del país.

Se acercó despacio y pudo ver que aquellas personas estaban llevando a cabo un ritual. Hablaban portugués. Cantaban, echaban humo, sacudían y aventaban ramas de palma sobre las máquinas. Luego se arrodillaron y entraron en trance. Parecía que estaban intentando comunicarse con la tierra misma.

Al cabo de varias horas de ofrendas y liturgia, quienes parecían shamanes se reunieron a concertar mientras todas las personas guardaban silencio. Julia no lograba percibir nada de lo que hablaban. Luego, aún en medio de una llovizna que

parecía crecer, mayores y mayores del pueblo se acercaron a los shamanes brasileiros para dialogar. Las sabias Fang y sus sabios conversaban con los shamanes de Brasil a pesar de que hablaban idiomas diferentes. Parecían entenderse sin mayor esfuerzo, pues compartían su relación con los espíritus, su creencia en el carácter sagrado de la tierra, y se entendieron más allá de las palabras y sus traducciones posibles.

Al cabo de un rato, todo el mundo se marchó sin que Julia pudiese saber el desenlace. Poco tiempo después, en una copiosa asamblea del pueblo, se conoció lo que había ocurrido aquel día. En una intervención apasionada pero firme, Obiang explicaba tanto en lengua fang como en español:

Cuando los petroleros se dieron cuenta de que no podían solucionar el problema de sus máquinas, mandaron a traer a shamanes de la Amazonía de Brasil. Estos sabios hicieron de todo para conocer el origen de los inconvenientes que estaban teniendo en el sitio. Luego de varias horas tuvieron la manifestación de los espíritus y las voces de la selva que les decían que ese lugar era sagrado. Que allí había restos de los ancestros del pueblo Fang y de otros lugareños, que era una selva viviente que cuidaba a los seres humanos y no humanos, incluidos los espíritus, los animales, las plantas, el agua y las piedras. Los espíritus cuidadores de la tierra sabían de las amenazas de la industria petrolera, no querían eso para su suelo y se lo transmitieron a los shamanes. Estos se lo contaron a los ingenieros y les aconsejaron que abandonaran el lugar porque nunca iban a poder extraer ni una sola gota de petróleo de allí. Iba a ser imposible.

A la gente del pueblo Fang le parecía de lo más normal lo que había sucedido y se congratularon de que los shamanes de Brasil hubieran podido ayudarles. Al contrario, varios técnicos

petroleros habían expresado su incredulidad, pensaron que no había que escuchar a los shamanes, que se debía seguir insistiendo en la perforación. Incluso propusieron dinamitar todo el territorio para acceder con facilidad al subsuelo.

Otros funcionarios brasileños que se mostraban escépticos propusieron darse tiempo para buscar otras opiniones, aunque ya no sabían a quiénes más consultar, les daba miedo seguir invirtiendo dinero y que todo eso fuera una pérdida de tiempo. En el fondo, sentían que había algo de cierto en lo que habían dicho los brujos de Brasil, tal vez no era mala idea dejar el proyecto.

Por su parte, todos los trabajadores decidieron irse y nunca más volver. Temían la ira de los espíritus y sabían que no era correcto seguir con ese trabajo, así que dejaron a los técnicos de la petrolera abandonados a su suerte.

La noticia se había corrido por toda la región y por toda Guinea Ecuatorial. Los medios hablaban de que, por motivos ajenos a su voluntad, la empresa se retiraría del país. Como suele pasar, se ocultaba la verdad, no querían regar mala fama para evitar pánico ni ahuyentar a otros inversionistas extranjeros. Lo acaecido llegó hasta el ministerio del mismísimo Brasil.

En todo lado expresaban confusión y enfado de que se considerara abandonar el proyecto. Los ingenieros, graduados en las mejores universidades de Europa y Estados Unidos, decían que la falta de energía de las máquinas no era más que un asunto que se podía solucionar con más tecnología de punta. Incluso, propusieron traer máquinas alemanas o suecas que seguramente sí funcionarían, o quizás una planta portátil de energía nuclear, que ahora ya las fabricaban. No querían ceder ante lo inexplicable y esto daba cuenta de la manera de pensar de muchas personas en esta industria: la imposibilidad de concebir otra salida que no fuera la tecnología, traída de donde fuera, u otros mundos más allá de la ciencia. En este caso estarían condenados a repetir más de lo mismo. A pesar de

todo el afán de los gerentes y funcionarios de seguir operando, su voluntad resultaba débil con relación a las fuerzas de la naturaleza.

Julia, aún presa del inevitable impulso de resolver misterios, pudo entender que no todo se podía dilucidar desde la ciencia occidental y que lo que había ocurrido en territorio Fang era totalmente explicable desde la otra ciencia, aquella de los pueblos indígenas, a la que llaman creencias o cosmovisión, pero que es pura sabiduría. Se preguntaba si ese era un acto de justicia divina. No, mejor aún, un acto de justicia poética, con buen desenlace para el pueblo Fang y sus queridas ranas Goliat que también estarían amenazadas.

Todo esto, el amor por las Goliat y todas las ranas, por la tierra y sus misterios, hizo que Julia extrañara a su país y quisiera regresar a Ecuador. Allí también hay ranas y sapos gigantes, como el «sapo bello» de la Costa o el Rhaebo del Yasuní. Muchas ranas y muchos sapos se hallan en peligro también allí por el avance de carreteras que penetran la selva, por actividades mineras o petroleras. Igualmente, muchos pueblos en Ecuador también están amenazados por esos mismos proyectos. En el suelo donde había nacido reinaban misterios similares.

El corazón de Julia anhelaba que en donde estuvieran sus queridas ranas, al igual que en territorio Fang, hubiera espíritus que apagaran máquinas y motores para protegerlas. Así, volvió para encontrarse con sus otras ranas hermanas y los pueblos que las cuidan y defienden. En la selva de Ecuador, Julia no oía ruidos de motores, había silencio. Era la otra energía de la selva. Solo escuchaba el cantar de las aves, el aullido de los monos, el chillar de las cigarras o el croar de las ranas. Era un silencio lleno de vida.

Diario de escritura

Este cuento se basa en el relato oral de un compañero de viaje por África occidental, a quien le agradezco infinitamente, pues fue quien me contó la historia de que un día, en Camerún en una zona petrolera, de pronto dejaron de funcionar las máquinas.

Ecuador es uno de los países más ricos en biodiversidad anfibia del mundo (<https://bioweb.bio/faunaweb/amphibiaweb/Noticia/2070>). Estos vertebrados son los más vulnerables al calentamiento global y muchas especies están en peligro de extinción. Se puede leer más en: Los anfibios y el cambio climático: <https://efeverde.com/rana-terrestre-andes/>

El pueblo Fang vive en Guinea Ecuatorial, Gabón, Camerún, Congo y Santo Tomé y Príncipe.

En el Museo de Instrumentos de Música de Bruselas hay un gran mvet, se puede escuchar su sonido. Es de lo más conmovedor que una pueda imaginar.

Mientras escribía este cuento, leí la novela de Santiago Gamboa Colombian psycho, que está llena de misterios por resolver y también me acompañó el maravilloso libro de poemas de Nnimmo Bassey I See the Invisible. La poesía siempre alimenta.

Tras cuarenta años de ser parte de Acción Ecológica, he podido conocer de cerca todos los impactos que las actividades petroleras provocan en los pueblos y la naturaleza.

Esta historia va dedicada a mi querido nieto, Khaled. Aunque los misterios del mundo no dejen de maravillarle, que sepa que no todos se pueden -o se deben- resolver, sino que hay que dejarlos así. María Chancleta, quien descubría misterios, fue el personaje principal de muchos cuentos que inventé para él antes de dormir en aquellas frías noches de Quito. María Chancleta inspiró al personaje de Julia que lleva el nombre de mi madre, científica y feminista adelantada a su época.

Gracias a Cris Burneo por todo el cariño y paciencia en editar, corregir y sugerir imágenes e ideas para concluir este cuento.



El río que viajó a otro continente

Karen Ardiles Órdenes

¿Será que a las personas les importa? ¿Qué sentido tiene que no me muera?

En los 2000, cuando empecé a viajar regularmente, a la gente le importaba... No, parece que no, parece que le interesaba lo que podían o pueden hacer conmigo, pero no lo que me pasa, porque soy parte de su negocio... o lo fui.

Me habían dicho que para viajar a Europa se necesita empezar a hacer los papeles con anticipación, incluso pueden devolvarte si les pareces sospechoso, dicen que los chilenos van a robar allá. ¿Y yo soy chileno?

La cosa es que cuando empecé a viajar todo fue fácil, porque no tuve que tramitar visa ni pasaporte, pero igual llevé el mío, porque dicen que el pasaporte chileno abre muchas puertas y pensaba que no me tenía que perder ninguna. Bueno, eso me dijeron, para que conocieran mi calidad hasta viajé en primera clase, con todas las comodidades. Eso del acuerdo con la Unión Europea del 2002 facilitó el papeleo...Ricardo Lagos, la concertación, ahora me acuerdo.

Quizás vale la pena precisar, porque no es que viajé-viajé, es que fui de una forma distinta...o me llevaron...o nos llevaron. Quizás podría decir que viajé gota a gota, palta a palta. En otras partes no le dicen palta, le dicen aguacate, Persea Americana para los más entendidos... Son ricas las paltas de acá –se saboreaba–.

Es que el problema no son las paltas, eso quisiera que entendieran, sino la forma en la que plantaron los paltos, la cantidad de árboles, los lugares donde los pusieron, el riego que les dieron, el afán de sacar más paltas por metro cuadrado, el arrasarlo las laderas completas de bosque nativo... En fin, a mí no me molesta compartir mis aguas para que la gente disfrute de unas paltas, pero esas no son las formas.

Obvio que significa trabajo para mucha gente, pero digamos que es un trabajo sacrificado, po. De partida, son temporeros, así que no hay trabajo todo el año. Además, se paga en base a la cantidad de paltas que se cortan, así que si no eres rápido no es muy buena la paga, y encima se trabaja de sol a sol... Dicen que el trabajo dignifica, pero yo creo que la vida es digna en la medida que no falte lo esencial: comida, salud, techo, educación...quizás se me olvida algo.

En ese punto la gente ya se aburrió de ponerme atención... la gente de hoy se aburre con nada... Es frustrante sentir que no se puede hacer nada, con esta información sólo se siente rabia, impotencia, desesperanza, y yo quisiera que la gente sintiera algo más que eso. Si la gente sintiera un poco de amor por el valle, como lo siento yo, me daría por pagado.

Tan bonito que es en la zona de Alicahue, subiendo a Los Andes... y la parte de la Patagua con esos bellotos del norte que son gigantes, justo para llegar al Morro el Chache. O la primavera, cuando canta el yal entremedio de los quiscos, las puyas, las patas de guanaco, las alstroemerias, las schizanthus, los guayacanes. Me da risa cómo canta la turca, que parece que se va desarmando. Si pudiera sumar algo más a este valle sería

un palmar –decía en su ensoñación–, como el de mi primo del norte, el Petorca, es que son tan bonitas las palmas, le darían ese toque prehistórico, de dinosaurios. ¿Cómo no amar lo que hay aquí?

Me gusta todo del valle, pero mi amor siempre será Pulmahue, con esa cima que destaca a pesar de lo cerca que está del mar, como a unos veinte kilómetros, ¿no? Es que es alta, puede ver el mar inmenso por Las Salinas, puede ver hacia la cordillera de Los Andes, puede ver el valle de La Ligua y de Petorca... pero mi ladera sur es más bonita, ¡qué suerte que tuve! ¿Cómo no amar lo que hay aquí?

En eso se dio cuenta de que estaba absorto en sus pensamientos, en sus recuerdos, despabiló mientras seguía scrolleando en redes sociales, diseñando una estrategia para subir su engagement de Instagram.

El algoritmo insistía en mostrarle videos sobre vidas saludables, la supuesta perfección en la ausencia de colores y el minimalismo nórdico. Quiso compartir una historia para que no le bajaran las visualizaciones, pero no tuvo ánimo, siempre le pasa cuando se siente abrumado. El cansancio de los últimos años le había hecho bajar el interés por muchas cosas, ni las redes sociales lo motivaban últimamente.

Le apareció un reel en el que una influencer alemana contaba cómo la alimentación consciente le había cambiado la vida, que la dieta anti-inflamatoria era un antes y un después, que su pelo tenía más brillo y su piel estaba más fresca que nunca. En el video, ella mostraba una receta: ensalada de palta. Con las pocas energías que tenía, pensaba en cómo sería sentirse entero mientras seguía viendo la receta que incluía otros superalimentos: un poco de quinoa y unos cubitos de papa.

La mujer del video le recordaba a la reportera europea que una vez fue a entrevistarle al valle y que, con tono parsimonioso, le preguntaba su opinión sobre los cambios necesarios para enfrentar la crisis climática, la importancia de su aporte a

dietas sin sufrimiento animal y la transición. El reportaje se hizo famoso, él se hizo famoso, todos hablaban de él, pero nadie lo vio, todo siguió igual.

¿Qué será eso de la crisis? ¿A dónde llegará esa tal transición? Se preguntaba.

Volvió a fluir en sus pensamientos, pensaba en su casa, que va de cordillera a mar, un valle transversal. Su abuelo, un glaciar, le había hecho este valle, le contaba que había soñado cada cerro y cada quebrada que lo nutría, cada vuelta que lo conducía al mar, donde se perdía. El glaciar, cuando se despidió, le contó que el resto del valle se iba a vestir de colores y olores que lo iban a amar, pero «no olvides, niño, que tu gran regalo es Pulmahue».

Le gustó recordar esa parte de su historia, de sus inicios, porque a veces se cuestionaba cómo se hace eso de seguir siendo cuando ya no se es lo mismo, cuando las condiciones cambian, cuando ya no luces de la manera que las personas esperan. Porque ni los más antiguos se acordaban mucho de él. Con el tiempo, la gente que vive en el valle olvidó el olor de la lluvia y de las aguas, ya no lo esperaban en otoño y menos en invierno, pero ¿cómo iban a recordar algo que no sucedía hace tanto? ¿Cómo iban a saber las niñas quién era si nunca lo habían visto, si nunca jugaron juntos? La gente joven no sabe cómo se siente hundir los pies en la orilla del río y que el barro te llegue hasta los tobillos, o la adrenalina que se siente al cruzar el badén de Valle Hermoso en auto, en invierno, bajando con fuerza por allí.

Desde que empezó su viaje al otro continente, nada fue igual. No es que antes no tuviera problemas o no hubiera cambios, de hecho, desde que llegó gente a compartir el valle con él las cosas cambiaron. Los primeros que fueron llegando tenían una vida simple, como los Bato o los Llolleo, y disfrutaron así mucho tiempo, se conocieron de a poco en el maíz, la quinoa y los porotos. Todavía le gustaba mirar el conchal que había

dejado un grupo en el campo dunar, justo sobre la duna grande, esa que está llegando a la desembocadura donde conoce el mar. Pensaba en el tiempo, que antes tenía otra forma, como de espiral, por las estaciones, sin apuros y sin urgencias.

Luego, cuando llegaron los que no eran de aquí, los del otro continente, con sus formas ajenas, su crueldad y enrejando los cerros, la situación se complejizó, porque las cosas empezaron a ocurrir con otra velocidad: le modificaron las orillas, empezaron a mover las aguas para regar unas plantas y darle de beber a unos animales que no conocía, hacían hoyos en los cerros para la minería y la basura de lo que movían la dejaban en las quebradas, que con la lluvia llegaba inevitablemente a él. Pero todo eso aún estaba dentro de los márgenes que consideraba «aceptables», porque siempre supo que la diversidad y los cambios son parte de la vida, él ya había vivido muchos y se sentía preparado.

De niño, su abuelo le contaba que la Pachamama cambia, que aparecen y desaparecen animales y plantas, que los cerros suben y bajan, que una vez el valle fue un lugar tropical, distinto al de los veranos secos y calurosos y a los inviernos fríos del presente. Había una historia que siempre le repetía, mientras carraspeaba con voz cansada:

–Hace muuucho tiempo, ya no recuerdo cómo, los glaciares nos asentamos en Los Andes, la Pacha era más fría y nos iba bien. Con el tiempo, junto a otros glaciares de por aquí, con la fuerza de tu abuela la lluvia, cambiamos el lugar, queríamos llegar rápido al mar para ver el atardecer.

– ¿Y qué hizo la Cordillera de la Costa? – preguntaba con un hilo de voz.

–Fuimos empujando y empujando, hasta que lo logramos –sonreía con satisfacción el glaciador–. No fue una lucha terrible, fue parte del juego de ir conociéndose, de probar, de cambiar.

El río La Ligua a veces conversaba con su primo del norte, el río Petorca, o con el del sur, el Río Aconcagua, para saber qué

pensaban, entender lo que estaba pasando y cómo se sentían con los cambios de las últimas décadas. Siempre llegaban a lo mismo: un dolor que se siente como un nudo en la garganta, la sensación de guata revuelta, impotencia por la ambición de unas pocas personas que les estaban arrebatando la vida.

Es que el Río La Ligua no sólo fue testigo de cambios geográficos, también lo fue de lo que pasaba con la gente del valle. Vio dolores llorados en sus orillas, risas compartidas en sus aguas, el juego de los niños que aprendían a nadar, el romance de los adolescentes que se escondían en sus curvas. Pero eso que pasó, eso que costaba nombrar, fue otra cosa.

La dictadura todavía se siente como un dolor reciente – pensaba mientras se tocaba el pecho en círculos–, porque a veces parece que no ha dejado de suceder. Claro, los milicos se fueron, pero el poder sigue bajo sus reglas, con su Constitución y sus leyes. El agua se privatizó en esa época, me privatizaron, los ríos empezamos a tener dueños, unos que no conocían ni amaban este valle, fue como si la vida dejara de tener sentido, o si tuviera uno inverso, ajeno, de muerte. Luego llegaron las paltas venidas de tierras tropicales, tímidas, pero chupaban mucha agua, una cantidad que nunca tuvimos aquí –pensaba con los ojos vidriosos–.

Fueron peinando los cerros con sus árboles en hileras, con mangueras para llevar el agua más lejos, con pozos que me calan hasta lo más profundo. ¿Será que a las personas les importa? ¿Por qué cuando me desbordaba se consideraba un desastre, pero mi ausencia hoy es normalidad? Con la concertación se vino el golpe final: me iban a llevar de forma democrática a las mesas de Europa. Pero, bueno, no consideraron que no era fuente inagotable para sus negocios –refunfuñó–.

Así seguía el río en su soledad, en su aislamiento, ensimismado en sus pensamientos mientras en sus auriculares sonaba «enterraron la justicia / enterraron la razón / y arriba quemando el sol».

Le apareció un recuerdo de Instagram de una de las noticias de cuando se hizo famoso: «El aguacate que llega a Europa seca Chile», de El País de España. Todavía se reía de la respuesta al reportaje del Comité de Palta Hass: «desprestigia a un producto y a una industria sustentable» ¿Cuál industria? – se cuestionaba—. Qué buen nombre: «Comité de Paltas», –se reía–.

En Europa le enseñaron sobre las energías y minerales verdes, la transición y los cambios necesarios para salvar el planeta, pero nunca logró descubrir a dónde pretendía llegar esa transición, si en realidad ellos no hacían muchos cambios o cómo es que esa minería era verde, si aquí en Chile genera los mismos impactos de siempre. «No soy suficientemente inteligente como los europeos» –decía, triste y frustrado–. El celular anunció que quedaba poca batería.

Tendido de oriente a poniente, el río se vio reflejado en la pantalla del celular, su rostro exhausto aparecía a la luz de la golden hour. Y en eso vio otro reflejo: Pulmahue.

– ¿Por qué sufres? ¿Por qué tienes carita de pena? –preguntó Pulmahue al río.

– Porque no entiendo el presente –respondió el río con apenas un hilo de voz.

–¿Olvidaste el tiempo? ¿Te acuerdas cómo andaba el tiempo antes?

–Sí... pero a veces me pierdo en lo urgente y me siento abrumado, porque parece que no hay remedio para mí.

–Naciste tejido con este valle y eso no cambia, aunque no estés entero, aunque ahora fluyas por las sombras de la tierra o vivas en el recuerdo. El valle te ama, el bosque te cuida y las aves te cantan –dijo Pulmahue desde la cumbre–.

–Pero quisiera sentirme como antes: fluctuante, pero no ausente –dijo con los ojos llorosos–.

–¿Sabes que no es para siempre, cierto? Cuando me siento así, pienso que la respuesta está en la Pachamama, confío que está haciendo lo mejor que puede por nosotros, en su tiempo.

–¿Y habrá alguna señal?

–No lo sé, pero creo que es mejor abrigarse en la esperanza... nunca nos faltó –esbozó una sonrisa cariñosa–.

–Creo que lo puedo intentar –dijo el río mientras apretaba suavemente los labios–.

El celular volvió a mostrar una notificación, esta vez era una noticia: «la NASA advierte del Niño Godzilla: nuestro meteorólogo nos explica qué».

–¿Esta es la señal que esperaba? –se preguntó mientras el celular se apagaba–.

Diario de escritura

Los versos «enterraron la justicia / enterraron la razón / y arriba quemando el sol» provienen de la canción «Arriba quemando el sol», de Violeta Parra.



El latido del agua

Irma Ortiz A.

Son como esponjas.

Yo conozco de esos seres que dan origen a la vida: absorbentes, porosos y transformadores. Al principio no lo creía, es difícil de entender. Me llegó en un sueño como una nube pesada, de esas con las que cuesta respirar en el verano cuando hay mucho calor, una nube húmeda, tibia, abrasadora.

Tenía veinte años, me esperaba una gran travesía y el miedo me calaba los huesos. Ni el aguapanela más dulce de mi madre podía impedirme sentir un frío que me recorría la columna vertebral cuando pensaba en la nueva aventura que me esperaba. Una ser no humana apareció entonces para narrarme que una vez había tenido que realizar un largo viaje para encontrarse, para ser ella misma, cómo decirlo... más sabia. Pero ella no lo sabía. Su nombre es Perla.

Perla me contó entonces que su familia era la encargada de comunicar el cielo con la tierra, y que en este roce interatmosférico se generaban transformaciones hermosísimas. Hablaba de paisajes, arcoíris, ríos y de la laguna de Sumapaz, que era su casa. Dijo que no quería usar sus gotas ni su bruma para

conectar nada. Quería ser, más bien, águila, colibrí o macolla, se moría por gestar seres sólidos y vertebrados. Admiraba el proceso de vida-muerte-vida, sabiéndose vaharina, eterna y húmeda soñaba con un ciclo: nacer, crecer, reproducirse y morir. «¿Sí se entiende? Una vida simple y descendencia propia», decía.

Perla quería aprender las cualidades que tenían los seres que vivían al ritmo de vida-muerte-vida, era curiosa e inagotable. Se dedicó a investigar y empezó a recorrer el páramo para consultar con sus habitantes cómo vivir una existencia liviana y sencilla. Los cardones hablaban de plantar, el oso hablaba de la luz del sol, las aves hablaban del viaje, pero ninguna respuesta podía calmar sus inquietudes del ser.

Recolectando respuestas en sus minúsculas gotas de agua, Perla decidió ir a consultarle al ser más viejo y sabio que conocía. Se decía de éste que era un gran alquimista, ella sabía que tenía muchos ojos, pero sólo una boca y unos pelos desordenados y disparatados de los que cuidaba como oro. Su familia de cúmulos y cumulonimbos le transmitió que este ser viejo y sabio, tenía un conocimiento ancestral en las artes de sanación y la vida, y ella, que justamente quería cambiar de vida, pensó que era el lugar indicado para preguntar cómo entrar en este ciclo, cómo gestar en su existencia vaharina.

El viejo frailejoncito –como me contó que le decía de cariño–, ante todas las preguntas de esta osada nube, guardó silencio por unos minutos y, con una actitud solemne, recitó con una voz liviana y con sus ojos mirando para todos lados: «Algunas veces parece que las cosas siempre estuvieron allí, que la laguna apareció de la nada, que los ríos siempre estuvieron... tu clan sabe de gestar, curiosa calima, has de recordar que quien nace pa' tamal, del cielo le caen las hojas».

Perla, indignada por ese lenguaje críptico e incomprensible para ella, comenzó a ponerse cada vez más densa y pesada, algunas de sus goticas se empezaron a convertir en astillas

filosas de hielo, y exclamó: «¡Tú no entiendes nada! Por eso no me das una respuesta clara y concisa. Eres un ser sólido, has tenido la experiencia de nacer, crecer y reproducirte... Algún día morirás dejando descendencias, serán espejos tuyos, será un linaje vanidoso que cuide de sus cabellos como tú lo haces. Pero qué poco sabes del tiempo, del ciclo de la vida... Sólo sabes de vanidad». El Frailejón la miró seriamente con todos sus ojos y, con una voz casi aterciopelada, la acarició, diciendo:

«Existen unos seres que cargan el peso del tiempo en su cuerpo, son como esponjas...albergan tanta sabiduría en ellos que sus venas nutren, cuidan y protegen territorios a distancias inimaginables. Tendrás que conocerlos, tendrás que habitar el sur.» Perla, ahora apapachada por el tono de las palabras de su interlocutor, y un latido interno que resonó a la par del canto de esa voz, decidió migrar, explorar por primera vez otros territorios lejos de su casa y aventurarse hacia la memoria húmeda de Sudamérica, donde quizás encontraría la forma que siempre había soñado.

Decidió irse en una madrugada helada. Espesa y decidida, comenzó a colarse entre los pajonales del páramo. El sol comenzó a calentar un poco y Perla, recuperando su ligereza, comenzó a derramar sus gotas en las alas de los colibríes, en los lomos de los venados y en los cabellos de los frailejones. Dejó atrás la laguna de Sumapaz para encontrarse con las montañas frías de Colombia, que aún se sentían como su casa. El páramo aún respiraba adentro de ella.

Después de haber recorrido un largo camino, fue del páramo al volcán.

Unas escamas grises se empezaron a pegar a ella. Perla sentía que se convertía en cúmulo amargo de carbonilla. Adentrándose en el mar de ceniza, se encontró, para su sorpresa, con nieve alrededor de un cráter que regurgitaba vapor muy caliente. Aturdida y condensada por el miedo, se animó a descubrir que en el interior de ese cráter escupidor había fuego vivo, en movimiento y palpitante, era como una boca ardiente.

Cotopaxi, al saberse visto con semejante curiosidad, arrojó un chispazo de fuego, como si no se hubiera podido contener de mostrarle su poder. La vaharina a duras penas pudo esquivar esta advertencia e invitación del volcán, perdiendo algunas gotas de su ser en el camino. Siguió con precaución la llamarada, que quemaba musgos y arbustos a su paso, entibiándose se convertía en lodo hasta fundirse finalmente en una tierra tan negra y fértil que podía dar a luz a cualquier semilla. Perla evidenció que la transformación no pide permiso, que a veces arde y duele.

Apenas recuperándose de su vivencia paradójica de nieve y fuego, la calima inmigrante, aun con una tusita de casa, siguió flotando camino al sur.

Mientras cantaba un gloria inmarcesible, miró para abajo y el verde intenso de la Amazonía peruana la hipnotizó como hipnotiza el vientre verde de las montañas antioqueñas. Dudó y, por un momento, quiso volver al frío y al agua cristalina de su laguna. Sin embargo, los sonidos de la selva fueron guiando a su intuición, poco a poco se fue convirtiendo en una más de la polifonía del entorno.

Con atención, comenzó a observar envuelta en la armonía tropical cómo sus pasos generaban agua verde de lluvia que cubría como un tapiz viviente al verde amazónico. Perla experimentó entonces un ritmo distinto, la pluralidad de las voces, el palpar de su lluvia en la tierra fértil y en las hojas enormes que le devolvían sus propias gotas de agua. Se sintió diminuta e inmensa al mismo tiempo y, en esa coexistencia, temió desaparecer en la respiración interminable del mundo.

Entendió que disolverse en ese pulso verde no era desaparecer, era aprender el ritmo más antiguo, a existir junto a otro sin dejar de ser.

Pero la nube aún buscaba comprender cómo se sentía un cuerpo capaz de permanecer y engendrar, así que siguió adelante con su travesía.

Fue así que, al cabo de un tiempo, se encontró con un paisaje rojo. En su tránsito por Bolivia, hasta creyó encontrar nubes como ella, pero duras y rojas. Luego, se dio cuenta de que eran sabias y robustas montañas que le revelaban en ese momento el secreto del altiplano. Generosas, le contaron que en sus corazones albergaban tesoros minerales y que algunas de sus caras se pintaban de un blanco y salino. Le susurraron bajito: «Nuestra riqueza no está en los tesoros encarnados en nuestra carne, sino en permanecer».

De repente, la pequeña vaharina escuchó un ruido tan estridente que la sacudió casi hasta desaparecer. Miró a su alrededor, descubriendo un salar cercano. Para esconderse allí, tuvo que volverse geométrica y cristalina, proyectando la luz del sol. Esa luz le sirvió para distinguir la existencia de unos seres que sonreían mientras abrían la tierra. Eran sordos al grito desgarrador de las montañas y, con los ojos ciegos de poder, arremetían contra sus sabias y vigorosas amigas sin límite, sin piedad, sin amor. Reconoció la violencia, pero era distinta a la del volcán. El Cotopaxi ardía para dar a luz tierra nueva. Estos seres, en cambio, abrían sin intención de devolver nada, ni ceniza, ni lodo, ni semilla.

La salada calima se asustó tanto que gritó de espanto, haciendo temblar el espejo de cielo, su salar escondite, pero los que abren la tierra no saben de ritmos ni de tiempo, ni de gestar, ni de cuidar, son como esponjas, pero de otro tipo... sólo saben chupar, acumular. Allí, Perla, contemplando a sus maestras, aprendió que hasta los seres más antiguos de la tierra pueden ser heridos. De las montañas del altiplano, dignas y majestuosas, aprendió a resistir.

Repentinamente, la viajera Vaharina se sintió llamada por algo más que sus preguntas de existencia y, como hipnotizada, se acercó al norte argentino en un vaivén de ensueño.

Y así, Perla se dejó revolcar por un viento seco con olor a tierra. Despeinada y dispersa, se dejó embelesar por coplas,

erkes y anatas que la atraían con la fuerza de una tormenta. Comenzó a percibirse mareada y frenética. Se dejó jalar a través del torbellino de tierra y viento, para ver vasijas abiertas hacia el cielo esperando ser llenadas, estatuillas de sapos con la boca abierta hacia la lluvia, sahúmo y chicha que subían en espirales de humo y olor. La estaban pidiendo.

Semisólida y embriagada por los cánticos norteños, descubrió que hay seres que saben de cuidar, saben de ritmos y de ritual, se dejó llevar, se dejó caer.

Y entonces llovió.

Perla no supo cuánto tiempo estuvo cayendo. Cuando volvió en sí, era apenas un hilo de vapor ascendiendo despacio, liviana y vaciada, como quien acaba de entregar algo que no sabía que cargaba. Estaba lista para el frío que tiraba de ella hacia el sur.

Ahora, neblina transformada y sabiéndose transformadora, llegó a los glaciares. De inmediato sintió en su existencia vaporosa el ritmo del silencio y la quietud, observó atónita a esos seres, tan inmensos que se hundían en el cielo con su cresta gélida. Un crujido en hielo la animó a acercarse un poco más. Despacio, se posó al lado del glaciar más alto y, queriendo parecerse, se quedó quieta y en silencio, como esperando comprender el misterio de la solidez. Aprendió a no dispersarse a pesar de los fuertes y punzantes vientos helados y entendió que, a veces, debía quedarse en un solo lugar y condensar toda su energía para no esparcirse y perder su fuerza. Pronto, comenzó a notar cómo en su cuerpo aparecían unos pedacitos de hielo fino, se sentía orgullosa de volverse sólida, al menos por pequeñas partes.

Sumida en una profunda presencia, escuchó una voz que exigía su atención: «Pss pss, no estés en soledad, aquí nos juntamos para crecer». Era un líquen ancestral, sus hongos, algas y musgos se unían en una coloración rojiza y profunda, con bordes que palpitantes invitaban a ser parte de éste. Sin prisa, la calima atendió al llamado de ese curioso ser de antaño.

Es así que la vaharina, atendiendo la invitación, le contó que había hecho un largo camino para llegar allí, pero que el silencio la atrapó y no se animó más que a contemplar y a estar en quietud, quiso existir en inmovilidad. El liquen por poco se desintegra de una carcajada: «Acá siempre estamos en actividad, ingenua nubecita. ¿Crees que permanecer es no cambiar? Acá no reina el movimiento, para nuestra comunidad glaciario lo que impera es el tiempo».

De repente, Perla escuchó un estruendo tal que hizo temblar sus hielitos, contruidos con tanto esfuerzo. No era un crujido amable del movimiento natural glaciario, sino seco y brutal. Con un grito desgarrador de impotencia y turbación, se dirigió al liquen: «¡Se está rompiendo, se está desmembrando!». El liquen, paralizado, no respondió. Pudo ver a los que abren la tierra vociferando «lo que está quieto no sirve, hay que arrancar todo para sacarle provecho a las entrañas de la tierra, antes de que desaparezca». Una vez causada la herida, los que rompen la tierra se retiraron dejando un humo con olor a metal y ambición. El silencio tardó en volver.

Mientras tanto, Perla y el liquen ancestral recorrieron con la mirada los pedazos que habían quedado, aquellos desprendimientos de hielo, algas y hongos. Por primera vez la existencia calima no quería solidificarse ni preguntar.

Lloró junto a las lágrimas del glaciario.

El liquen, que hasta ahora había permanecido inmóvil, deslizó cuidadosamente unas palabras a Perla: «Algunos seres desean transformarse para entender las diferentes formas de la vida, otros se equipan para dominar, y extraer irrecuperablemente lo que les mantiene vivos». Allí comprendió que la permanencia y la majestuosidad también encarnaban fragilidad, entendió entonces la importancia del cuidado.

Conmovida, rememoró su origen, revisitó aquel páramo donde habita el espejo del cielo, se le cruzaron las imágenes de los cardos, los ositos de anteojos y las aves, revisitó al

Frailejón con sus ojos y cabellos locos y su pequeña boquita, y se arrepintió hasta los hielos de haberle dicho vanidoso. «De sus cabellos depende la vida de mi hogar», se dijo.

Obnubilada, y semisólida, le preguntó al líquen sobre el lenguaje de los glaciares, y éste le susurró bajito: «El lenguaje de los glaciares... Ellos guardan la memoria del agua. Y tienen tantos lenguajes como siglos atravesando la montaña. Pero escucha bien, curiosa vaharina: en vos también habita ese lenguaje, así como el tuyo vive en ellos».

Entonces Perla lo rodeó con suavidad, cubriéndolo de pequeñas gotas. El líquen descansó en silencio dentro de la nube, fortaleciéndose en aquella humedad compartida. Ella se reconoció gestante en su forma propia, experimentando cómo es sostener la vida sin poseerla. Entonces, avanzó hacia el glaciar.

Las preguntas de Perla habían cambiado, ya no quería ser sólida, desistió del deseo de dejar de ser ella misma, sabiéndose transformadora, gestante y vida. Entonces se puso frente al grandioso y blanquecino glaciar para preguntarle con una profunda incomprensión y una voz quebrada por el dolor y la indignación «¿Por qué no te defiendes?».

El glaciar pronunció con una voz pesada de siglos. Todo el entorno crujó:

«Mi mejor defensa es mi convicción por la vida. No me intimidan aquellos quienes tienen miedo a perder, yo no estoy en soledad. Cada gota que me sostiene, que hace parte de mí, pasó antes por la selva que te enseñó a coexistir, por el altiplano que te mostró cómo resistir, por el páramo donde naciste. Somos un solo cuerpo, vaharina. Y un cuerpo que late junto es la mejor defensa, es la mejor existencia».

La nube, conmovida hasta su más pequeña gota, se dejó atravesar por cada una de esas palabras geológicas de eones. Perla comenzó a vibrar al ritmo de su vida que no era de ella sola, se dejó invadir por el pulso de las múltiples formas

que había atravesado en su travesía, vida-muerte-vida es un movimiento interminable, y ella era parte. Húmeda y espesa, sintió la necesidad de contribuir. Quiso volver a casa.

En gratitud, Perla comenzó a estirarse sobre el sabio glaciar. Se expandió tanto como pudo para rodearlo con su vaho abrazador, y éste respondió con crujido profundo y eterno. La vaharina se sintió lista para iniciar su retorno.

Es así que la Calima atravesó nuevamente selvas, montañas y cielos abiertos, llevando consigo la memoria mineral del glaciar, el silencio lento de los líquenes y las heridas producidas de los que abren la tierra. Ascendía como vapor, descendía como una lluvia muy finita, se condensaba y seguía su camino. Se daba cuenta de que llevaba en su interior algo que latía, que era suyo y del mundo.

Como un susurro Perla retornó al Páramo en forma de una neblina muy espesa, fue posándose en los matorrales, derramando pequeñas gotas en las alas de las águilas y colibríes, colándose en los cardos. Y acariciando con mucho amor los cabellos de los frailejones, se acercó a quien fue su interlocutor y le sopló: «querido Frailejoncito, les he visto, son como esponjas... son como tú, absorben para nutrir y devolver. También hay otros seres que son esponjas, pero de otro tipo, absorben y ¡no sueltan jamás! He vuelto para defenderles también a ellos».

Y entonces el sueño se comenzó a desvanecer, y yo comencé a despertar envuelta en Perla, nutrida con el saber de gestar vida, acompañada de todos los seres que alimentan el sentido de la existencia. Perla me abrazó, esta vez como un vapor cálido, con olor a hogao y maíz. La respiré con las manos en mi vientre y descansé en la sabiduría que late. Latía en mí, latía en mi hija próxima a nacer, latía en las manos de mi madre que revolvía la olla sin apuro, como quien sabe que el tiempo le pertenece. Ya no tengo miedo, nunca estuve sola.

El agua nunca se fue.



Ya es otro tiempo el presente, Sebastiana

Carmen Aliaga, Natalia Méndez

¡Sebastiana!

¡Purintwa, akankasktwa Tata! He llegado, Tata, ahorita siempre he llegado, hemos venido con mucho que contar con las kullakas.

Corre el año 2917. Tiempo ha pasado desde la reconstitución del Tawantinsuyu en los Andes y otras confederaciones en esta región del mundo que las antiguas llamaban América Latina. Sebastiana, comandanta del ejército de guardianas de la Confederación Colla, se reporta ante el Mallku, Tata Cóndor, principio eterno del Sur que, en aquellos tiempos, cuando cayó la última bomba, tuvo que despertar para cuidar a su pueblo. Sebastiana ha vuelto de una misión importante. Partes por tierra, partes por agua, se ha reunido con las otras comandantas de la región Ixhimulej hasta Tenochtitlan y para volver a bajar hasta Huaxyacac.

Estos viajes son cansados, pero importantes, pues están destinados a mantener comunicación entre pueblos que han

aprendido a caminar hermanados. Antes era más fácil, muchos llegaban en esos gusanos voladores. Tatita, ¿cómo se llamaban? ¡Aviones, waway! –¡Eso! –¿Te acuerdas de cómo volaban? –Sí, hijita. ¡Ya, empezaremos!

¡JULA JULA JULA! Retiemblan las entrañas de la tierra para comenzar la tribuna continental donde las guardias de Abya Yala, Apus, Achachilas y Awichas del pasado renacen para escuchar el informe de Sebastiana y las kullakas que tienen la misión de ser mensajeras, chaski warmis. Sobre la tierra gris resaltan los coloridos awayus en los q'atus y atados de las mujeres, los ponchos rojos de los Tatas, herencia milenaria de los antiguos. Brillan bajo el Sol, honrando a los chullpas enterrados de todas aquellas que lucharon por la vida. Las trenzas de las Mamas brillan oscuras irradiando la luz solar, celebrando cómo transportaban las semillas de la tierra resguardadas en el tiempo para sobrevivir en los tiempos de oscuridad.

Mamas y Tatas, he partido de aquí, Mallku Khota, como me han mandado las tres lagunas sagradas, siempre pidiendo a Mama Quta su protección para el viaje. Las mujeres ronderas me han contado que no hay novedades, los nidos de cóndores siguen bien resguardados y, como saben, se ha logrado que las siguientes generaciones estén bien cuidadas para que sigan siendo guías de sus marcas y sus pueblos. Los tíos de las minas han recibido sus pagos en coquita, como corresponde desde hace siglos. No se sabe de nadie que haya intentado volver a perforar los socavones. Aquí quiero recordar, Tata Autoridades, Mama Autoridades, que está escrito en las memorias de los pueblos, en sus awayos y kantus, en sus wipiles y zanates, que hay historias que no podemos olvidar.

Y continuó Sebastiana. Como siempre decían las antiguas y los Tatas guardianes que les contaron sus ancestros, hubo un tiempo cuando la Madre Tierra se puso enferma mientras inmensos monstruos motorizados explotaban los cerros para extraer de sus entrañas plata, oro, cobre, hierro, zinc, litio, y perforaban el territorio para convertirlo en cosas, y estas cosas en dinero. Pero ese dinero nunca fue suficiente para los hombres poderosos. Así, Mama Quta fue enfermado hasta casi desaparecer, le rompían las entrañas sin compasión y los sembradíos de maíz, papa, haba, las milpas del norte y las chacras del sur iban muriendo de sed. Decían también los abuelos que, en esos años, las wawitas nacían enfermas, que las madres empezaron a abortar sin razón, que había niños hechos de plomo que iban a la escuela y no podían aprender, que había enfermedad y dolor, hambre y carencias. Entonces Tata Inti se enojó tanto que hizo que la tierra se calentara, y por eso se sufría aún más.

Un día, los poderosos, que eran unos hombres rubios que hablaban fuerte y con palabras de codicia se enojaron mucho. Tanta era su ambición que querían parecerse a Tata Inti, sus cabezas rubias querían opacar su luz dorada, y el oro que sacaban lo amontonaban y se reían del mismísimo sol, diciendo que ellos eran más poderosos que todos los dioses, que «su» oro brillaba más y mejor. Tata Inti se enfurecía más y más, pero también lloraba, sus lágrimas eran rayos calientes sobre la tierra seca. Cada día había más sed. Entonces, Tata Inti habló con los tíos de la mina y se pusieron de acuerdo para que las vetas minerales se escondieran y no se dejaran sacar. Ese día fatal, los hombres rubios estaban que no cabían de la ira, sus caras rojas de furia parecían estallar, empezaron a pelear entre ellos, usaban armas, tanques y bombas que hacían estremecer las entrañas de la Pachamama. Esas guerras sembraron muerte en todos los rincones de la tierra.

Tanto pelearon, por tantos soles y tantas lunas, que empezaron a hacer explotar bombas cada vez más destructivas. Primero eran bombas pequeñas, luego fueron más y más mortíferas. Entonces, los pueblos se unieron para hacer pasillos subterráneos y protegerse de las bombas. Dentro de la tierra estaba tibio, dominaban las sombras, se hablaba en murmullos y Pachamamita calmaba con cantos cada noche de terror, no hubo fronteras, solo galerías para cuidar la vida. Cuando dejaban las galerías para cumplir con tareas, las primeras chasquis de esa época iban desde la Patagonia hasta Tenochtitlan llevando semillas escondidas en sus trenzas para que los pueblos pudieran comer. Así, se enseñaron a vivir sin luz. Tata Inti se sentía solo, pero por las noches se acompañaba de Mama Phaxsi, la luna y de Tata Illapa acullicando coquita.

No se sabe cuánto tiempo duró esa guerra. Un día, al fin, la angurria fue tanta y el odio tan grande que lanzaron una bomba mortal. Esa noche fue la más larga de todas las noches, todo lo iluminó. Los pueblos que vivían debajo de la tierra volvieron a ver la luz, pero era una luz de muerte. Dicen que el estruendo fue tan fuerte que muchos quedaron sordos, muchas abuelas quedaron ciegas por el resplandor y los niños lloraban, lloraban tan fuerte que dolía. Así también los apus lloraron por sus hijos, lloraron por las wawas que morían en los vientres de sus madres y Mama Quta se estremeció debajo de la tierra pensando que era el fin. Pachamama sintió sus venas explotar y se agarró con todas sus fuerzas, sujetó su vientre todo lo que pudo, resistió.

Aunque esa noche eterna duró mucho, cuando por fin llegó el silencio también se pudo escuchar cánticos de leke lekes, alkamaris y otras aves que se oían a lo lejos. Las abuelas dijeron que había que salir de los túneles subterráneos para ver qué había pasado, pero los hombres no estaban de acuerdo, se habían acostumbrado a vivir en el miedo y casi olvidaban que había algo sobre la tierra, así que empezaron las discusiones.

Finalmente las mujeres jóvenes y decididas agarraron a sus wawas e hicieron un escudo humano. Las wawas se aferraron a sus faldas, a sus vientres y espaldas, las amarraron con awayus y cintos, y así, entrecruzadas de brazos, hicieron un solo cuerpo. Las mujeres mayores y sabias se abrieron paso guardadas por las jóvenes, y luego los abuelos les siguieron y se pusieron detrás de ellas, gritando ¡que así sea! ¡que así sea! Y así salieron, una empezó a cantar, otras le siguieron y cantaban esa canción de cuna que ayudaba a dormir a las wawas en las noches de miedo:

pachcaninintin, pachcaninintin, pachcaninintin
pilpintu jina phawarinky wawital – volarás como las mariposas mi bebé
yachay wasiman rinki – irás a la escuela
ñawiritay quilqayta sumay yachanayki wawitay
aprenderás a leer y escribir muy bien mi bebé
pushkita puska, pushkananita

Así fue cómo los pueblos salieron a la superficie de la tierra. Tata Inti lloró de alegría, todo el pasado estaba en ruinas, pero el silencio se iba rompiendo con el canto lejano de las aves y los gritos de algarabía de las wawas al conocer la luz del día. De las ruinas de ese mundo pasado empezaron a hacerse juegos y juguetes. Entonces, las gentes entendieron. La vida volvía.

Tata Mallku apareció detrás del cerro de Potojsi para decirles que no tuvieran miedo, que Pachamama había sobrevivido. Mama Quta estuvo enferma y pensaron que moriría, pero después de esa noche eterna los apus y achachilas se hicieron materiales, rugieron de furia y protegieron la vida. Tata Illimani, Tata Sajama, Wayna Potosí, Mururata, la cordillera completa acudió a Mama Quta, la llenó de caricias y lágrimas frescas de glaciar. Así, gota por gota, la limpiaron de arsénico, mercurio y de ceniza tóxica. La sanación fue larga...

Mama Quta se está recuperando, pero necesita cuidados. De sus gotas sanas empezaron a brotar unas semillas. Ahora es la hora de los pueblos, dijo Tata Mallku, deben cultivar sus alimentos como antes, deben criar las semillas y hacerlas brotar, no puede haber divisiones, instruyó Tata Mallku. Así, los pueblos se enseñaron a cultivar con las semillas guardadas en el encierro. Cada gota de lluvia, cada riachuelo y ojo de agua fue cubierto de ceremonias, rituales, ofrendas y llantos de agradecimiento.

Como despertar de un largo sueño, las gentes se enseñaron a trabajar la tierra y ser comunidad como manda la millpa, en diversidad y complementariedad. De la tecnología del pasado solo quedaron ruinas sobre las cuales las infancias construyeron un nuevo amanecer lleno de luces, juegos y risas que empezaron a cubrir los días. Las montañas de copajira, que antes eran polvo de mineral tóxico y mortal, se convirtieron lentamente en vetas de tornasoles de arena que abrían paso a las nuevas afluentes de agua cristalina. Del intercambio de alimentos surgieron nuevas variedades que fueron usadas como medicina, los cuerpos se hicieron fuertes con el tiempo, con los nuevos alimentos la salud volvió. Ahora, como los incas antiguos, se vivía hasta más de los cien años.

Pasó también algo extraordinario. Los minerales extraídos y antes usados para construir armas, para las fábricas que envenenaban el aire y mataban plantas y animales, perdieron su consistencia. Lo poco que quedó se halla hoy en estado de fluidez, solo puede ser usado para hacer juguetes moldeables y materiales de enseñanza en las escuelas. El resto, dentro de las entrañas de la tierra, sigue siendo resguardado por los tíos de las minas.

Después de aquel tiempo de sombra y miedo, los pueblos aprendieron a ser sabios, humildes y pacientes. Los días duran más y, gracias al despertar de los apus y guardianes, la comunicación mediante la lectura de la hoja sagrada de coca

ayudó con las distancias. En este nuevo mundo no existieron los aviones ni las grandes antenas de comunicación, sólo quedaron carreteras ya sin fronteras a través de las cuales las chasquis y los mensajeros de las confederaciones llevaban relatos importantes para que los pueblos estuvieran en contacto.

Las generaciones que sobrevivieron a la sombra y a la guerra se hicieron valientes y sensibles, aprendieron a respetar los ritmos de Pachamama y a ser humildes. Las niñas, desde pequeñas, fueron enseñadas a guardar la memoria en los hilos que adornaban sus cuerpos y cabellos, para que nunca más se olvidara nada. Los niños varones crecieron enseñados a respetar a las mayores y a cuidar la ternura. Entre los oficios más apreciados entre ellos estaba la búsqueda de miel en los árboles de queñua y parotas que ahora crecen en todas partes.

La armonía y los normales conflictos de la convivencia son resguardados por los apus, Tata Mallku, Tatu Tümpa, Cocijo, señor de la lluvia del pueblo Zapoteco, Mama Conaxi Xexuya, Mama Paxsi y otras guardianas de la vida. Los tíos de los socavones de la mina trabajaron mucho desde aquellos tiempos, primero cerraron las vetas para parar con la ambición de los poderosos, luego hicieron materiales para resguardar cada boca de mina de la tierra. Día y noche, con cigarrito y coca, vigilaron que no hubiera más daño a sus entrañas. Pregunta Tata Cóndor: —¿Cómo están ahora los tíos, Sebastiana?

Los tíos de los socavones dicen que están cansados, Tata Mallku, quieren volver al Manka Pacha a descansar, quieren retozar sobre ponchos de vicuña, regocijarse con chicha de maíz y aprovechar el pulque traído desde tierras del norte, que ya cumplieron su misión de resguardar. Eso someto a consideración, Tatas y Mamas.

Responde Tata Cóndor, principio eterno del Sur:

Es justo, Sebastiana, que los tíos de las minas vuelvan a sus lugares y dejen escrito en telares y qantus, en honor de ellos, que no serán olvidados por sus pueblos, que cada fecha correspondiente se les hará llegar su ofrenda para que se sirvan.

Sebastiana continúa su reporte:

He podido verificar también con Mama Q'ota que las afluentes continúan su proceso de sanación. El agua es bebible en la mayor parte de las confederaciones, tanto la cosecha como la siembra de gotas de lluvia han sido efectivas. He traído aguas de Tenochtitlan para empezar el ritual de intercambio y, así mismo, he llevado para su siembra. En Uyuni Tata, el litio sigue dando sus frutos para dar luz y energía para casi toda la extensión territorial de la confederación. Las trabajadoras alimentan a la Mamita de la Sal y siguen trabajando en sus venas de agua para que siga siendo próspera, empieza también su periodo de descanso para renovar. Ahora quiero dar la palabra a mi hermana Kullaka Natalia, de la confederación Huaxyacac, Tatas y Mamas, que nos ha de contar de las memorias de su territorio.

Habla Kullaka Natalia, de la confederación Huaxyacac:
Con su permiso, Tata autoridades, Mama autoridades. He venido para contar cómo estamos en mi pueblo. Vengo de las tierras antiguamente llamadas México, Oaxaca, para ser más precisa, la tierra donde los fogones huelen a chocolate y donde las esencias del mole acurrucan a las wawas, espantan demonios blancos y recuerdos de despojo. De allá también traigo la memoria de los pueblos

que hemos sido llamados indomables, ya que, centurias antes de la noche eterna, supimos escapar de la conquista, fuimos un pueblo guerrero y en nuestra memoria habita la fuerza que nos ha permitido seguir siendo. Está también en nosotros la memoria de los grandes aparatos perforadores de la tierra que hacían temblar para exprimir la última veta de plata. Sin embargo, Tatas y Mamas, Tatas y Nanas, en estos tiempos, después de nuestro legado de oscuridad, nos hemos dedicado a reverdecer la vida y sembrar el futuro. De allá traigo la voz de mi Tata Lencho, guardián de la tierra y el maíz. Allá seguimos sembrando las tierras heredadas de los tatarabuelos que desde la noche eterna quedaron incendiadas para luego recomenzar a sembrar la vida. Tata Lencho, como mayor de la comunidad, ha vivido más de cien años, ha sido nombrado del Consejo de los Mayores y sigue labrando la tierra, enseñando a las gentes de allá. Sus pies callosos por los pasos que todos los días da, junto a su yunta y el arado que siguen las huellas del alba y la luna, al igual que otros campesinos de mis tierras, siembran con junco sus tierras pedregosas arcillosas. Ahora estamos cultivando enormes parcelas en los campos, llanos, lomas y bajíos, escuchando el trino del zenzontle y el cucurucú de las palomas.

Continúa Kullaka Natalia, de la confederación Huaxyacak, y explica que lo único amenazante allí son las grandes jornadas bajo el hermoso y brillante sol que penetra sus espaldas. De tanto sudor que gota a gota cae, los surcos se cubren de esperanza. Y continúa su relato, que se vuelve siembra.

Allá, los abuelos dicen que tiempos después de la sombra la esperanza se cosechaba en los granos de maíz, frijol y garbanzo. El amor por Pachamama les devolvió la fuerza, los trabajos se hacían muy de madrugada, bajo la luz de la luna, sin saber del tiempo. Se guiaban por las estrellas como una brújula para

emprender su jornada. Los campesinos se disponían a uncir la yunta, ponían el arado y la clavija para atravesar un día más de trabajo. En las calles susurraban los ecos y rechinidos de los arados y las yuntas que con su Bau rociaban la tierra como muestra de respeto y agradecimiento de los pueblos a la Pachamamita por devolverles su tierra.

Por el cerro del Tepiche empezaron a correr pequeños riachuelos donde al mediodía los campesinos mitigaban su sed y cansancio. Aun ahora lo hacen, después de un constante venir e ir para labrar la tierra, tierra que fue restaurada con sacrificio y amor, un amor puro que poco a poco rindió frutos a través de la producción del grano milenario del maíz. Cuando el jilote empieza a crecer, las mujeres, en el metlapil, que se llama gue'e do ban, como se nombra en lengua zapoteca, muelen los granos del elote para obtener sus primeros alimentos, que nos hicieron fuertes. Y continúa Kullaka Natalia:

Esas semillas fueron llevadas desde aquí, Tatas y Mamas, por eso queremos pedir que sigamos haciendo fuerza con el intercambio y fortaleza entre nuestros pueblos y confederaciones.

A lo lejos, en mis tierras –dice– se observa la inmensidad de una presa donde un pequeño riachuelo deja correr el agua, limpia, pura y transparente de Mama Quta. Esas aguas sanaron después de que los hombres poderosos hicieron que se desgarrara por los inmensos túneles que cavaron en las tuzas que buscaban perforando y perforando para saciar su ambición, destruyendo el centro de la tierra. Antes ya ni se miraba el agua de los riachuelos, solo grandes cortinas de humo que salían de sus entrañas para saciar la ambición de aquellos seres. Entonces Kullaka Natalia hace una ofrenda:

Tata Mallku, en mi pueblo queremos decirles que no olvidamos la generosidad de Pachamama. Hace muchos años, después de mucho tiempo de trabajo, hizo brotar nuestro maíz, ahora las milpas crecen floridas y sanas, alimentan a sus pueblos. Y nosotros, zapotecos, llamados los indomables, que nos levantamos contra la muerte impuesta, seguimos aprendiendo a ser comunidad como la milpa nos ha enseñado. A mi Tata y mi Nana los recuerdo por el gran amor a la tierra. Allí, desde los tiempos de la guerra y la sombra, se cosecha la esperanza en un granito de pinole y chocolate. Como ofrenda y muestra de nuestra gratitud para ustedes, achachis abuelos, awichas, guardianes que despertaron para protegernos, están aquí mis hermanas trayendo los frutos milenarios de cacao, maíz, canela y piloncillo. Traemos también de tierras lejanas chiles dorados, rojos y cenizos, las semillas de nuestra tierra que en los fogones de los hogares cocinan el futuro y el amor.

Tata Mallku, asombrado, levanta sus enormes y brillantes alas color del Illimani. Tata Inti y Tata Illapa hacen crujir el cielo al ver lo que empieza a suceder. Desfilan cazuelas, ollas de barro, comales, la asamblea se llena de aromas dulces y picantes, variedades interminables de moles y guisos empiezan a ser repartidos por las mujeres. Yazmín, heredera de Centeotl, diosa de la fertilidad meshica, organiza a los comensales y la distribución de interminables platos que se distribuyen generosamente. Jarrones multicolores llenos de chocolate y tejate espumeante, chicha amarga y pulque de maguey son bien recibidos por los Tatas, Mamas y guardianes presentes. Los tíos de la mina ingresan atraídos por los aromas y son atendidos inmediatamente con gran respeto y gratitud. Quenas antiguas y sikus abuelos empiezan a sonar de la serranía lejana. Tambores y bombos rodean la asamblea y empiezan las danzas.

C'was y mesas de ofrendas se distribuyen por cada esquina, risas y llantos acompañan abrazos propios y ajenos llenos de emoción.

De los ojos inmensos de Tata Mallku caen un par de lágrimas que se convierten en cristales al caer en la tierra. Mira hacia arriba y su mirada se encuentra con la mirada húmeda de Tata Inti. Así, siguieron tiempos de abundancia y paz entre los pueblos, que no volvieron a olvidar ser agradecidos y humildes, memoriosos y aguerridos. Sublimes cóndores se levantan en vuelo detrás de la cordillera cada cierto tiempo para decirnos que su guardia y protección siguen presentes sobre los cielos que nos cobijan.



EPÍLOGO

Este hermoso libro nos deja mucho.

Primero, nos recuerda que el arte es también una forma de luchar. Que la literatura, en este caso el cuento, es un arma para imaginar futuros posibles. Tenemos de todo: imaginación, magia, culturas, las mujeres, los pueblos, las naturalezas como protagonistas.

También nos quedamos con la riqueza de haber aprendido a escribir en colectivo. Con encuentros humanos –así hayan sido a través de una pantalla– en un espacio querido y colmado de cuidados y compartires. Solo así nos hemos permitido criar este libro, juntas y no aisladas. Dicen que el oficio de escribir es muy solitario. Pues este libro es un ejemplo de que no tiene por qué ser así. Escribimos nuestros cuentos de la mano unas de las otras.

Hemos escrito con inspiración humana, con manos humanas, con llantos y risas humanas. En este momento en el que lo digital y la inteligencia artificial –a la que debemos dejar de llamar inteligencia– nos oprimen y confunden sobre lo que es correcto y necesario, debemos honrar el tiempo ofrecido, las relaciones y los sueños comunes.

Finalmente, esperamos que estas historias, que fueron pensadas para mostrar que otros mundos son posibles, como mundos pospetroleros y posmineros, sirvan de inspiración para todas las batallas, y para que nos den ganas de hacer eso: contar cuentos para la resistencia.

Ivonne Yánez

ACCIÓN ECOLÓGICA

Junio de 2026

SEMBLANZA DE LAS AUTORAS

Argentina

Irma Ortiz. Colombiana. Militante feminista, integrante fundadora de la Red Latinoamericana de Mujeres por los Derechos Sociales y Ambientales, docente e investigadora de la Universidad Nacional de San Luis, Argentina. Madre, hermana, hija, nieta, tía, compañera y amiga.

Bolivia

Sulma Canaviri Fernández. Nacida en Oruro, Bolivia. Es ingeniera agrónoma y activista ambiental con una década de compromiso en los territorios. Es integrante del Colectivo CASA (Colectivo de Coordinación de Acciones Socioambientales) y apoya en el fortalecimiento de capacidades y manejo productivo con y para las mujeres defensoras de derechos en las comunidades.

Brasil

Cynthia Camargo. Jornalista, mestre em Ciências Sociais e fellow da Ashoka. Natural de Minas Gerais, atuou na Amazônia e no Sul do Brasil em projetos de comunicação, educação e meio ambiente. É mobilizadora e gestora de projetos de Gênero e Clima do Instituto Cordilheira.

Carolina De Moura. Jornalista especializada em Gestão do Ambiente e Sustentabilidade, mãe e agricultora agroecológica em Brumadinho, Minas Gerais. Atua no campo socioambiental há 25 anos, integrando movimentos e organizações. É coordenadora de Gênero e Clima do Instituto Cordilheira e uma das protagonistas do documentário internacional “A Ilusão da Abundância”.

Maíra Do Nascimento. Comunicadora especializada em projetos socioambientais, trabalhou por 15 anos com gestão de águas comunitárias. Fundadora do Movimento Águas e Serras de Casa Branca, é secretaria administrativa dos projetos de Gênero e Clima do Instituto Cordilheira.

Chile

Karen Ardiles Órdenes. Originaria de La Ligua, diaguíta, danzante y amante de los cerros y del bosque esclerófilo. Integrante de OLCA. Investigadora enfocada en feminismos, impactos diferenciados en mujeres, conflictos socioambientales y transición energética-minera.

Colombia

Eliana Carrillo Rodríguez. Feminista, antropóloga y ambientalista popular. Acompaña procesos de defensa territorial y construcción de alternativas en diálogo con los feminismos populares, comunitarios y la ecología política feminista. Es parte del Área de Energía y Justicia Climática de Censat, donde trabaja en energías comunitarias, salida de combustibles fósiles y transición energética justa.

Luisa Pedraza. Trabajadora social criada en las montañas de Guasca, Cundinamarca. Acompaña procesos comunitarios y ambientales en distintas regiones de Colombia. Sus intereses se centran en la ecología política de la conservación, conflictos socioambientales y relaciones entre las comunidades, el agua, el monte y los territorios. Integra el equipo de Conflictos Mineros de Censat Agua Viva.

Ecuador

Ivonne Yánez. Ecologista y feminista de Acción Ecológica, Ecuador. Tiene estudios en biología y trabaja en cambio climático desde hace veinte años y, más recientemente, en el de economía verde y transiciones. Abuela aficionada a la ciencia ficción, en especial, los viajes en el tiempo.

El Salvador

Claudia R. F. Defensora de derechos humanos y ambientalista desde el año 2000, tejedora de trabajo territorial, proactiva, con la convicción de que el cuidado y la protección de la casa común se construyen desde las bases organizativas. Como dice Mercedes Sosa: «Que lo injusto no me sea indiferente». El día en que las injusticias le sean indiferentes, habrá fracasado en sus luchas.

Vidalina Morales. Mujer, campesina, madre y esposa. Luchadora social y presidenta de la Asociación de Desarrollo Económico Social (ADES) de Santa Marta. Es defensora de los derechos humanos y ambientales y tejedora de la reconstrucción comunal y social de su territorio. Cofundadora de la Red Latinoamericana de Mujeres Defensoras de Derechos Sociales y Ambientales.

México-Bolivia

Carmen Aliaga. Feminista y educadora popular, madre y militante del movimiento antiextractivista en América Latina. Es coordinadora operativa de la Red Latinoamericana de Mujeres Defensoras de Derechos Sociales y Ambientales, impulsora de la Escuelita por la Justicia Climática Feminista de Mesoamérica, integrante de Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur y del Observatorio Ukamau Territorio y Dignidad en México.

Natalia Méndez. Madre y defensora indígena de la tierra y el territorio de la región zapoteca de los Valles Centrales de Oaxaca. Originaria del municipio de Magdalena Ocotlán. Es profesora de educación indígena e integrante de la Articulación por la Vida Oaxaca y de la Escuelita por la Justicia Climática Feminista.

Venezuela

Liliana Buitrago Arévalo. Ecofeminista, docente, investigadora y activista en la Colectiva Mucyt, Mujeres, Cuerpos y Territorios, en Venezuela. Miembro del Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur y del colectivo Futuros Post-extractivistas. Realiza improvisaciones sonoras colectivas. Sus intereses giran en torno a la ecología política, la justicia climática, la biodiversidad, los cuidados ecoterritoriales y las transformaciones ecosociales.

Tibisay Mendoza. Colombo venezolana, en constante crecimiento y eterna enlazadora de mundos. Se habita desde el sentipensar. Es mamá de Valeria, senderista que abraza la tierra y carpintera de palabras. Sus andares van de la mano de los feminismos ecoterritoriales. Estudió Letras y se especializó en Comunicación e Información. Es parte de la Colectiva Mujeres, Cuerpos y Territorios en Venezuela.

Vanessa González Peña. Originaria de Venezuela, viviendo en el sur del mundo. Migrante ecofeminista, psicóloga social. Fundadora y directora de la Organización Migrantas en Chile. Integrante de Mujeres, Cuerpos y Territorios Venezuela. Defensora de derechos humanos, participa en movimientos feministas, socioambientales y migrantes en Chile y en Latinoamérica.





En estos cuentos habitan el petróleo cuando era un ser sagrado llamado Mene; la voz ancestral del Río Lempa, que es una abuela sagrada; la niña Vidalina, que creció entre tomatillos y un día liberó a su comunidad del plástico y la resignación; la flor poeta Pagú, que teje con las mujeres y los seres femeninos la resistencia ante la tragedia; las mujeres de Canaslupe, que como un aguayo urdieron un plan para que Tata Inti les devolviera el agua; Ilisho, una niña que, al hablar con los seres, devela la memoria geológica de las selvas y el carbón; Julia, una bióloga en busca del misterio de la vida guiada por las ranas; un abundante río que viajó a otro continente en forma de paltas exportadas; una nube viajera que ante nuestros ojos se hace glaciar, niebla y nieve; y Sebastiana, comandanta del ejército de chaski warmis del año 2917, quien reporta ante Tata Cóndor los inicios de un nuevo mundo tras la noche eterna. Escritos en su integridad por mujeres luchadoras, los cuentos nos devuelven las palabras con que la vida era nombrada antes de ser un «recurso natural» y, con ellas, narran horizontes muy tangibles para un mundo en construcción que ya existe a contracorriente de la violencia extractiva. La poesía, la ciencia feminista, la memoria colectiva, los saberes ancestrales y la ciencia ficción se integran a la experiencia comunitaria e histórica que las autoras narran junto con los seres de la tierra en un ejercicio de imaginación que nos llama a habitar hoy mismo los mañanas que divisamos en el horizonte, todos ellos abundantes y fecundos aun en la mayor de las devastaciones.

Cristina Burneo Salazar



Red Latinoamericana de
Mujeres Defensoras
de Derechos Sociales y Ambientales

